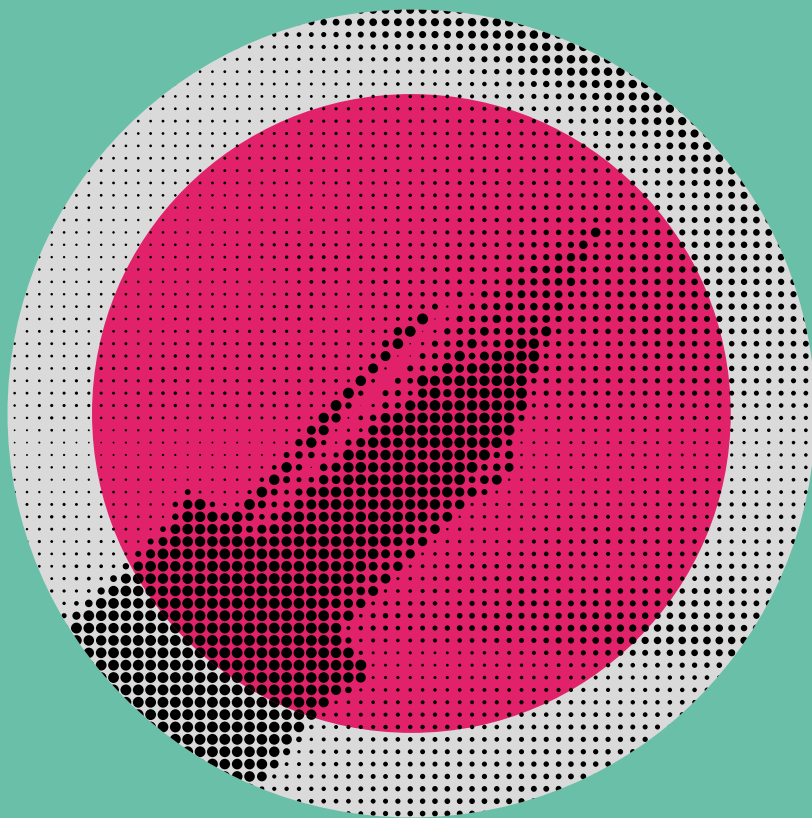


OBRAS GANADORAS DEL CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD

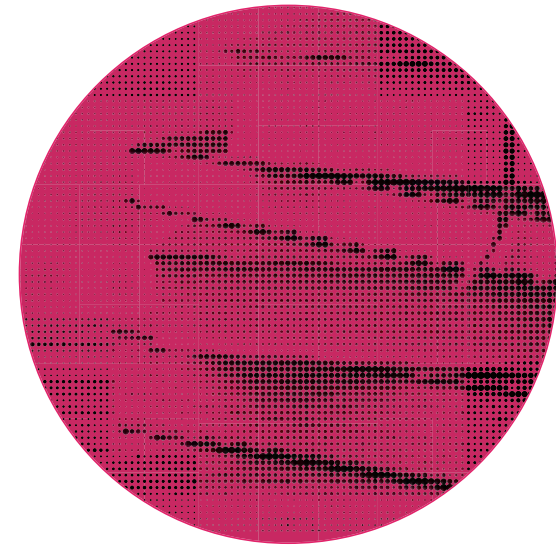


Cooperación
Española
CULTURA / MALABO

2017

**OBRAS GANADORAS
DEL CERTAMEN LITERARIO**
*12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD*

2017



ÍNDICE

BIOGRAFÍAS

- JUAN JOSÉ ERÍA ITOJI | 9
- BLAS BOLEKIA BOKO | 10
- PEDRO SANTOS MBÁ MBÁ DA SILVA | 11
- CARMEN MANGUÉ SAINT-OMER | 12
- MAYRA RONDO NDJINGA | 13

Derechos

- Edición AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.
- De los textos: los respectivos autores
- De las fotografías: El Centro Cultural de España en Malabo y de los autores

Créditos

- Corrección de estilo: Julio Sieiro Torrero
- Maquetación: Capa Identidad Creativa
- ISBN: 978-84-09-04080-3
- Biblioteca Digital de la AECID – BIDA <http://bibliotecadigital.aecid.es>

Jurados del Certamen

- Julián Bibang Oyee
- María Teresa Avoro Nguema
- Pamela Nzé Eworo
- Abilio Sagunto Cobanche
- Ignacio Sánchez Sánchez

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

TEXTOS

- NARRATIVA: EL ESPÍRITU ERRANTE | 15
- POESÍA: SUEÑOS SIN ÉXITO | 75
- TEATRO: LA ENTREVISTA | 83
- NARRATIVA PREMIO ESPECIAL RAQUEL ILOMBE:
UN BALCÓN EN EMBAJADORES | 111
- POESÍA PREMIO ESPECIAL RAQUEL ILOMBE:
LA VIDA ES VANIDAD | 113

PRÓLOGO

Vivimos un año cargado de conmemoraciones, por lo que esta publicación anual necesariamente se ve realizada como testimonio de las mismas: al fin y al cabo, celebramos tanto los 15 años de trabajo del Centro Cultural de España en Malabo; a los que hay que sumar también las dos productivas décadas de la institución binacional, “el Centro Cultural Hispano-guineano”; como los 50 años del acceso de la República de Guinea Ecuatorial a su independencia nacional, así como el medio siglo de relaciones de amistad y cooperación entre nuestras dos naciones.

Esta constancia en las convocatorias del premio *12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, desde 1985 ha marcado a varias generaciones de autores incentivando su trabajo y permitiendo que el mismo fuera accesible a través de las diferentes herramientas editoriales de la Cooperación Española. Revistas como *El Patio o África 2000*, y las publicaciones de *Ediciones del Centro Cultural Hispano-Guineano*, así como más recientemente *Atanga*, *Mares de Guinea Ecuatorial*, *Letras Femeninas: Premio Especial Raquel Ilombe* o la actual serie de Premios, son publicaciones que a día de hoy son materiales de referencia necesaria, algunas incluso objeto de coleccionismo, y que este año, para facilitar su consulta, se han incorporado a la Biblioteca Digital de la AECID.

En palabras de Donato Ndong-Bidyogo, sin los premios 12 de Octubre “no estaríamos literariamente a la altura de donde estamos hoy en Guinea Ecuatorial. Estos Certámenes han permitido sacar a la luz una serie de obras, alguna de ellas importante para la literatura guineana. Al mismo tiempo, representan un importante estímulo para que los ánimos de los que se sienten con vocación y aptitudes de escribir no decaigan y sigan ejercitándose en esa tarea tan difícil como necesaria que es la literatura”.

Así, hemos tenido acceso al trabajo de por ejemplo Cesar Mba Abogo, Ciriaco Bokesa Napo, Francisco Ballovera, Joaquín Mbomío, Juan Balboa Boneke, Juan Tomás Ávila Laurel, Práxedes Rabat Makambo, Recaredo Silebo Boturu, o las escritoras Aurelia Bestué, Carmen Mangué, Diana-Alene Ikaka Nzamio y Mayra Rondo.

Espero que disfruten de esta selección de nueva literatura ecuatoguineana, preludeo y compromiso de siguientes convocatorias.

Guillermo López Mac-Lellan | Embajador de España

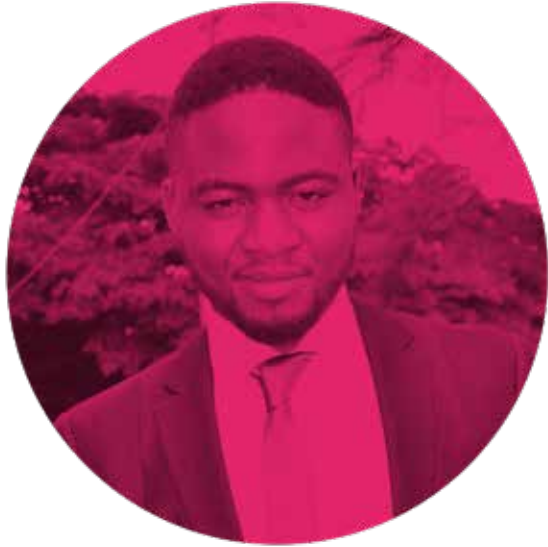


Juan José Ería Itoji, es natural de Moka, distrito de Luba, provincia de Bioko Sur.

Realizó sus estudios secundarios en la Rama de Letras. Es Licenciado en Filología Hispánica, por la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial y Máster en Docencia Universitaria, por la Universidad de Alcalá de Henares.

Es profesor de Lengua y Literatura españolas y miembro del Laboratorio de Recursos Orales del Centro Cultural de España en Malabo (LROM), donde colabora dando conferencias sobre sus investigaciones y recopilaciones de la tradición guineana.

El 2015 fue ganador del Premio *12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, en la modalidad de narrativa, con la novela *El baúl de los recuerdos*. En 2017 volvió a ser ganador del Premio *12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, en la modalidad de narrativa, con la novela *El espíritu errante*, ambos organizados por el Centro Cultural de España en Malabo.



Blas Bolekia Boko, nace en Malabo, distrito de Malabo, provincia de Bioko-Norte.

Graduado en el Colegio Adventista de Malabo en 2011 viaja a Camerún a formarse en ciencias de la ingeniería, especializándose en informática por la Universidad Protestante de África Central. Es Máster en Ingeniería Informática por esta misma universidad.

En el caso de Blas Bolekia su acercamiento a la poesía ha sido a través de la lectura.



Pedro Santos-Mbá Mbá da Silva, nace el 24 de octubre de 1995. Es natural de Edum-Obuk, del distrito de Mongomó, provincia de Wele-Nzas.

Se crio, creció y se educó en Malabo. Ha asistido en el internado católico Dulce Nombre de María, de Basakato del Oeste; en el internado católico el Divino Pastor, de Bososo; en el colegio-internado Ntra. Sra. de África, del mismo pueblo; y en el colegio católico Claret, de Malabo, donde se graduó. Desde octubre de 2015 estudia la carrera de Filología Hispánica en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE).

En abril de 2017 gana el *I Certamen Literario Miguel de Cervantes* organizado por la Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española (AEGLE), en la modalidad de ensayo, con *Identidad y la Justificación de la Identidad Guineana*.

Una semana después ganó el primer premio en el *Concurso de Relatos Cortos Guinea Escribe* Premio Literario Fundación Martínez con el relato *Algo ha cambiado en mí*. Esta obra fue publicada por los Centros Culturales de España en Malabo y en Bata en una publicación cartonera, presentado el 27 de junio de 2017.

Ganó el segundo premio en la modalidad de narrativa en el *II Certamen Literario Miguel de Cervantes*, en abril de 2018, con la obra *Historia de un espejo, un reflejo de la realidad*.



Carmen Mangué Saint-Omer, nació en Niefang, (Guinea Ecuatorial) el 12 de octubre de 1969. Después de trabajar en varias revistas como redactora libre, reanudó sus estudios de Derecho en La Universidad Complutense de Madrid (España). En el 2013 publicó su primer libro en la plataforma Amazon *El amo de la plantación*. En el 2014 volvió a Guinea su país natal lo que le inspiró una serie de relatos de terror y fantasía que incluyó en una recopilación de relatos cortos *Relatos de una sombra sobre el puente de Brooklyn* que terminó mientras estaba en New York, ciudad de la que espera que salga otro libro suyo.



Mayra Rondo Ndjinga, nace en el poblado de Ekuku, Bata (Guinea Ecuatorial), el 07 de julio del año 1988 en el seno de una familia humilde. Realiza sus estudios primarios en el colegio Santo Ángel de Bata, posteriormente, se traslada a Malabo donde cursa sus estudios secundarios en los colegios Adventista y Santa Teresita respectivamente, realizando su carrera universitaria en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial, donde estudió Sociología.

Actualmente es empleada de la Oficina Técnica de Cooperación.

Es amante de la música y la lectura. En sus ratos libres, deja volar su imaginación, escribiendo en un trozo de papel sus ocurrencias, aunque no sean perfectas.

Narrativa

EL ESPÍRITU ERRANTE

Juan José Ería Itoji



1

Era la mañana del veinte de octubre. Habían pasado siete años desde la trágica muerte de su hija y de la desaparición de su yerno. Habían aprendido a vivir con aquella situación. Martín Espinos estaba sentado en su balcón, en la parte trasera de su casa, observando el horizonte y disfrutando de las vistas que ahí se ofrecían. Él siempre se había preguntado por qué aquella no había sido la parte delantera de la casa, dado que aquello le habría unido más a la mayoría de sus vecinos que acostumbraban a sentarse ante su puerta, viendo pasar a la gente y manteniendo breves diálogos con sus conocidos. Sin embargo, la arquitecta, su mujer, había orientado la casa hacia la parte contraria y le había sugerido que aquella zona sería su oasis de paz. Así que, mientras los vecinos se sentaban en la parte delantera de su casa y saludaban a los paseantes, Martín y Susana se sentaban en la parte trasera de la suya y disfrutaban tranquilamente de la suave brisa y del panorama. En aquellos momentos tan especiales, Martín se fumaba su pipa mientras leía el periódico y Susana bordaba. Aquella escena tan tranquila le hizo recordar otras del pasado ya casi olvidadas.

Treinta y un años atrás, Susana había reunido una colección de ropa con bonitos bordados. Lo hacía para amenizar el día, mientras hacía compañía a su marido. En cierta ocasión, él le sugirió que abriese una tienda de moda, pero ella le respondió que ya lo había hecho. Martín se quedó sorprendido:

- ¿Ya abriste una tienda? Nunca me lo has comentado.

- No hacía falta –respondió ella, con aire misterioso–. Creía que te habías dado cuenta.

- Pues, no –dijo él–. Nunca te has ausentado de casa de manera prolongada y constante ni he visto ningún cliente en casa.

- Vaya. Se nota que no estás al día. El cliente vive con nosotros desde hace tiempo y cada día me anima a bordar más. Estoy segura de que utilizará todo lo que ahora estoy haciendo.

En ese instante, Martín se dio cuenta de que su mujer estaba hablando de otra cosa. La observó detenidamente y constató que había cambiado muchísimo. Tenía la cara más brillante y la mirada viva. Había ganado unos cuantos kilos y tenía una pequeña barriga... ¿Barriga?

- No me digas que estás embarazada –dijo él, sorprendido.

- No te lo digo, ya que no quieres –contestó ella, juguetona.

Él abrió fuertemente los ojos. Se quedó estupefacto. Llevaban dos años conviviendo y nunca antes había observado a su mujer tan detalladamente. Siempre la miraba y estaba pendiente de ella, pero no retenía los detalles. Solo ahora se daba cuenta que había estado distraído durante los últimos meses y no había descubierto que su mujer estaba embarazada. Ella no se lo había dicho porque esperaba contrastar la teoría de que los hombres se fijan en las mujeres antes y durante el noviazgo. Sin embargo, a los pocos meses de empezar la convivencia, después de casarse, ellas pasan desapercibidas. Únicamente les prestan atención cuando surge algún imprevisto: un accidente, una enfermedad, una tristeza o euforia repentina y muy notoria, etc. Y todo era cierto.

- ¿Estás embarazada? –preguntó él, secamente.

- Sí, cariño. Lo estoy, y llevamos tres meses. ¿Cómo no te has dado cuenta? He engordado bastante.

- Tres meses... ¡Es increíble! –exclamó él–. ¿Qué te han dicho los médicos? ¿Es niño o niña?

- Todavía es pronto para saberlo. Además, el feto se ha ocultado. Lo habrá hecho a propósito para acabar con tus ganas de tener un varón. Tendremos que esperar cuatro meses más antes de descubrir su sexo.

- ¡Voy a ser padre! –exclamó Martín, eufórico–. Es la mejor noticia que he recibido. Tenemos que celebrarlo. Déjalo en mis manos.

En aquel momento, sonó el timbre, y Martín maldijo aquel sonido, pues interrumpía un momento tan especial y le impedía justificar su distracción.

“No importa –pensó–. Esta noche organizaré una velada especial para los dos que la enamorará de nuevo”.

Su mujer fue a abrir la puerta. Frente a ella estaba un joven vestido de un traje azul. Llevaba un sombrero marrón y un bolso con un cinto largo colgado a un lado. Era el cartero.

- Buenos días, señora Espinos –dijo él, respetuosamente.

- Buenos días, Ángel, ¿Cómo estás?

- Muy bien, señora. Les traigo un mensaje urgente.

- ¿De qué se trata? –preguntó ella, preocupada.

El joven se encogió de hombros y, por toda respuesta, sacó un portafolio y se lo extendió a la mujer.

-Firme el recibí, señora, y lo sabrá enseguida.

- Gracias –dijo ella, mientras le devolvía el portafolio–. Espera un momento. Quiero que lleves este cesto de frutas para tu madre. ¿Cómo sigue ella?

- Está mejor, gracias. Esta mañana el doctor afirmó que su estado ha mejorado. Adiós y gracias por el obsequio.

El cartero se fue y Susana abrió el sobre. En él había un contrato de una empresa constructora a la cual ella había enviado una solicitud de empleo seis meses atrás y, en vista de que no le daban buenas nuevas, había olvidado el tema. Tanto es así que cuando la convocaron por la televisión ni siquiera se enteró, pues no seguía las noticias. Lo mismo ocurrió cuando la llamaron al teléfono de la casa que alquilaban anteriormente. Se lo contó a su marido y decidieron incluirlo en la celebración de aquella noche.

Aquella noche Martín preparó una cena elegante para su esposa, algo que emocionaba mucho a Susana, dado que a él no le gustaba cocinar. Cuando llegó, se quedó petrificada. Todo olía de maravilla. Cenaron plácidamente. Susana comía muy despacio y lo hacía a propósito, ya que percibía la impaciencia de Martín. Quería hablar sobre su nuevo trabajo, y al mismo tiempo quería esperar a que ella disfrutara de la cena. Cuando acabaron, él le dijo:

- ¿Qué piensas hacer?

- Voy a aceptar el trabajo

- Pero... serán doscientos kilómetros diarios en auto, o sea, cuatrocientos kilómetros en total, ida y vuelta.

- Y, ¿Cuál es el problema?

- Estás embarazada, cariño. No puedes someterte a tanto estrés.

- Vivo estresada, cariño, un poco más de estrés no cambiará nada.

- El estrés es perjudicial para el niño.

- Querrás decir para la niña. Sé que quieres que sea un varón, pero las probabilidades de que sea una niña son más altas. Mis amigas dicen que generalmente son las niñas las que tienen la costumbre de esconder su sexo antes de nacer.

- Y yo digo que será un varón. En mi familia, los primogénitos son todos varones.

- Lo siento, cariño, pero tú romperás esa cadena.

- Ya lo veremos.

Seis meses y medio más tarde, nació una preciosa niña. El parto fue muy difícil. Susana tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para conseguirlo. Al final lo logró, afortunadamente. Martín le puso el nombre de Claudia, igual que su suegra, que era una anciana de mediana estatura y con una sonrisa permanente. Aunque no lo parecía, era fuerte como un roble y no paraba de moverse de un lado a otro.

Cuando nació la niña, vino la suegra a vivir con ellos, a fin de cuidar de su nieta, y estuvieron muy unidas. Ella era su preferida, ya que perpetuaba su nombre y su sangre. Las llamaban las “Claudias”. Sin embargo, poco después, decidieron ponerle a la niña el nombre de Sara como nombre de pila. Cuatro años después se trasladaron a un pueblecito situado en lo alto de la colina. Era el pueblo de Martín, se llamaba El Mirador. Allí ambos habían construido una pequeña y acogedora casa. Todo había sido obra de Susana, que entonces era una prestigiosa arquitecta. Los vecinos del pueblo les apreciaban mucho porque aquel matrimonio venía a rejuvenecer la población, compuesta generalmente de ancianos.

Claudia era una niña inteligente y muy inquieta. El maestro del pueblo consideró que la niña podría estudiar en un nivel superior, así que habló con sus padres a fin de que la trasladasen a la ciudad y explotara mejor su potencial. Sin embargo, Martín se negó para evitar un cambio repentino de colegio a temprana edad. Creía que eso afectaba a los niños de un modo más profundo de lo que piensan los mayores.

Cuando la niña pasó a la secundaria, se fue a vivir a la ciudad con su abuela y su madre, mientras Martín se quedó en el pueblo. A él le gustaba el campo. Había sembrado muchas hortalizas y se dedicaba también a la ganadería. Era ingeniero mecánico y había trabajado de operador de aviones, pero la compañía quebró y les

indemnizaron a todos. Buscó trabajo durante varios meses y no tuvo suerte. Cuando construyeron la casa del pueblo y se trasladaron allá, él se dedicó completamente al campo.

Desde temprana edad, Claudia había visto a su padre analizar los planos de los aviones y eso le había entusiasmado. Por eso, cuando se hizo mayor decidió estudiar para ser piloto, y también telecomunicaciones. Era una alumna muy aplicada y siempre estaba un paso por delante de los contenidos que se daban en clase. Eso le creó algunos problemas con los profesores, a los que les gustaba sentirse más inteligentes que sus alumnos. En cambio, otros se sentían alentados por ella y la motivaban para que siguiera aplicándose en sus objetivos. Sus padres se sentían bendecidos por todas las alabanzas que recibía su hija. Vivían muy estresados. Martín tenía que ir a la ciudad una o dos veces a la semana, y Susana seguía recorriendo centenares de kilómetros para ir a trabajar. La única persona que estaba pendiente de la niña todo el tiempo era la abuela Claudia. Eso fue lo que más las unió. Pocos años después, Claudia acabó la secundaria. La niña disfrutó de sus vacaciones y se preparó para acceder a la universidad.

Claudia tenía catorce años cuando nacieron los gemelos, lo cual alegró mucho a Martín, que se sentía excluido entre tantas mujeres. Estaba muy contento de, por fin, tener con quien hablar y jugar. Desde pequeños les enseñó casi todos los deportes. Poco después, Claudia se trasladó a la ciudad para estudiar lo que tenía previsto. Cuando acabó, fue contratada en una agencia de viajes y desde entonces sólo la veían en contadas ocasiones. Después, conoció al joven Frank y...ahora habían pasado siete años desde aquella tragedia.

De pronto, sonó el timbre de la puerta y Martín volvió a la realidad. Estaba triste y sudaba. Eran las seis de la tarde. Su esposa lo contempló apenada.

- ¿Te pasa algo? – le preguntó.

- Nada –respondió él–. Solo estaba pensando en nuestra hija. Lllaman a puerta.

- Tranquilo –lo consoló ella–. Voy a abrir.

Susana abrió la puerta y frente a ella estaba el cartero. Era un hombre de unos treinta y ocho años, de baja estatura, pelo corto y revuelto. Tenía unos ojos inquietos.

- Buenas tardes, señora Espinos.

- Muy buenas tardes, Felipe.

- Le traigo una carta urgente.

- ¿Quién la envía?

- La notaría, señora.

- ¿De qué se trata?

El hombre se encogió de hombros.

- Firme el recibí y lo sabrá enseguida.

Ella firmó, tomó el sobre, lo abrió y fue leyendo mientras se dirigía hacia su marido. Martín observó que su rostro se había ensombrecido de pronto. Le preguntó por la causa y ella le entregó la carta como respuesta. En ella se leía un citatorio para él el día dos de noviembre en la notaría, a las doce y media. Martín se quedó preocupado, pues no conocía la causa, y tampoco se reflejaba en la carta. No obstante, ambos sabían que no sería para nada bueno.

Vivían solos. Los gemelos estaban en un internado, dado que su conducta no mejoraba. Se divertían con todo el mundo por el hecho de que tanto sus compañeros de clase como sus profesores y directivos no lograban distinguirlos. Aun así, sus padres los habían enviado al mismo internado. No podían separarlos, pues eran adolescentes y no podían arriesgarse a que se perdieran de vista. Entre los dos, Rodolfo era el valiente y atrevido y el más sociable, mientras que Adolfo era más tímido y observador; pero juntos eran la misma cosa.

Martín y Susana visitaban con frecuencia a sus hijos por diversos motivos, aunque, en la mayoría de los casos habían sido citados por los instructores de estos. Lo hacían para que no se sintieran abandonados. Los chicos todavía no habían superado el trauma de la muerte de Claudia y de Frank, puesto que habían encontrado en ellos a los amigos que necesitaban. También existía el hecho de que el matrimonio se sentía muy solo sin ellos y temía que los muchachos se echaran a perder a causa de la incomprensión de los demás y del abandono de sus padres. No obstante, los gemelos eran buenos chicos. Su conducta se debía a que eran unos incomprendidos, al igual que todos los adolescentes de su edad.

El día dos de noviembre, a las nueve de la mañana, el matrimonio fue a buscar a sus hijos a fin de ir a depositar flores sobre la tumba de Claudia, al igual que todas las familias. Habían preparado una tumba también para Frank, al lado de la de Claudia; ya que le daban por muerto, pues había desaparecido antes de la muerte

de su hija y no había aparecido cuando ocurrió la desgracia. Las probabilidades de que estuviera vivo eran casi nulas. No obstante, en ella solo había un ataúd lleno de piedras.

Cuando finalizó la ceremonia, Susana regresó a casa, mientras que Martín fue a dejar a los gemelos al internado y se dirigió a la notaría. Una vez ahí, le atendió el notario, quien le comunicó que el banco había decidido embargar la casa que compraron Claudia y Frank, porque no habían terminado de pagarla y en siete años nadie había ingresado el dinero que faltaba. Martín preguntó cuánto faltaba por pagar, pero le dijeron que ya no podía hacerse nada porque el embargo era un hecho.

Aquella tarde, Martín llamó al teléfono de Paul Sebastien en varias ocasiones, pero no obtuvo respuesta. Se fue a casa y se lo contó a su mujer. Ambos se dirigieron a la casa en cuestión y la encontraron vacía. No entendían lo que había pasado. La habían alquilado a un matrimonio desde que fallecieron los jóvenes y los inquilinos ingresaban la mensualidad en una cuenta corriente. Habían pagado el mes de octubre y era incomprensible que hubiesen abandonado la casa sin previo aviso. Sin embargo, ahora la casa aparecía deshabitada y, al parecer, alguien la había registrado a fondo porque estaba todo volcado y había varios papeles en el suelo, sobre todo en las habitaciones. Los supuestos ladrones estaban buscando algo y seguramente habían encontrado las letras de la casa. Todo resultaba increíble: los inquilinos se marchan sin avisar, el banco embarga la casa y, el mismo día o el día anterior, se produce un robo, pero no se llevan nada, salvo los documentos de compra. Era el principio de una pesadilla.

Martín no se había preocupado por llevarse la escritura de la casa porque, tras la muerte de Claudia, todos esperaban que Frank aparecería en cualquier momento; por eso, pusieron en alquiler la casa mientras esperaban. Con el paso de los años, decidieron preparar una tumba para Frank y no se preocuparon más por la casa, ya que pertenecería a los gemelos cuando estos fueran adultos. Daban por hecho que estaba comprada en su totalidad y, con aquellos inquilinos ocupándola, no tenían nada que temer. Ahora no conseguían revertir la situación que se les había presentado. Llamaron a su abogado y le pusieron al corriente de lo que pasaba. Este decidió intervenir en el caso una vez regresara de vacaciones con su familia. Mientras tanto, Martín se puso a investigar sobre aquel asunto, que parecía una situación clara de fraude bancario o de corrupción. Lo más importante era saber quién estaba detrás de todo.

2

Aquella noche, la noche de los difuntos, se fue la luz por toda la ciudad. La avería fue causada por un rayo que cayó muy cerca de la central eléctrica. Un fuerte viento sopló durante toda la noche, se oían truenos y caían muchos rayos por doquier. Los niños temblaban, acurrucados junto a sus madres, y los abuelos contaban a los jóvenes leyendas terroríficas sobre este tipo de acontecimientos en una noche tan especial como aquella. Algunos hablaban sobre los muertos que salían de sus tumbas y vagaban por la ciudad en busca de venganza o reconciliación; otros decían que era el fin del mundo y nadie se atrevía a salir a la calle.

De pronto oyó una voz que gritó: “Levántate”. Se despertó, salió del lugar en el que se encontraba y se fue caminando junto a otros que pasaban a su lado. Más tarde se desvió hacia las afueras de la ciudad; pero una anciana le agarró la mano y le dijo:

- No, jovencito. Tienes que venir con nosotros.
- ¿Por qué? –preguntó él.
- Porque esta es la ruta que se toma cuando acabas de despertar, muchacho.
- ¿Hacia dónde nos dirigimos? –preguntó él.
- Querrás decir hacia cuándo nos dirigimos –dijo la anciana.
- No lo entiendo. ¿Qué quiere decir con esto?
- Que nos dirigimos hacia la eternidad, muchacho. Lo malo es que nadie sabe qué eternidad le tocará vivir.
- Sigo sin entenderlo, anciana.
- No te preocupes, muy pronto lo entenderás.

El joven siguió al grupo al que, de pronto, ya pertenecía. Caminaron durante largo rato. Atravesaron la ciudad y se dirigieron a la parada del tren y ahí se detuvieron. A lo largo del camino otros se les iban incorporando y, al lado del grupo, se adelantaban y otras veces se atrasaban unos individuos de apariencia extraña, como si trataran de preservar el orden. Durante el recorrido, el joven fue saludando a las

personas con las que se cruzaba y nadie le respondía, incluso parecía que no le oían.

- Te esfuerzas inútilmente, muchacho. –le dijo la anciana–. No pueden oírte porque nosotros no somos como ellos.

- ¿Por qué? –preguntó el joven– ¿Acaso todos no somos personas?

- Es posible. Sin embargo, nosotros fuimos personas.

- ¿Qué somos ahora?

- ¡Uf! Eres muy insistente, muchacho. Ten paciencia y lo sabrás.

De pronto apareció un tren ante ellos y se abrió la puerta. Todos los individuos fueron subiendo poco a poco. Cada uno decía su nombre antes de embarcar y el vigilante le indicaba su asiento. Llegó el turno del joven, y al embarcar dijo: “Frank”

- Debes decir tu nombre completo –le increpó el vigilante.

- Frank Enstein

El hombre repasó la larga lista que tenía y le dijo al joven:

- Lo siento, tu nombre no aparece.

- No es posible. Debo tomar este tren.

- No. No puedes. Tienes que marcharte. Para tomar el tren tienes que decir tu nombre.

El joven se sintió desesperado. No conocía a ninguno de sus acompañantes. Desgraciadamente, la anciana que lo había orientado durante el trayecto acababa de embarcar y otra vez volvía a estar solo. Trató de subir al tren cuando se distrajo el revisor.

- ¡Fuera de aquí! –le gritó el vigilante.

- ¿Por qué? –preguntó Frank un poco aturdido.

- ¡He dicho que te largues!

- Pero...vengo con ellos –dijo señalando a la gente que acababa de entrar en el tren.

- Vienes sin ellos –le gritó el vigilante.

- No entiendo.

- Mira, muchacho, aquí todos dicen su nombre antes de entrar en el tren y tú te has colado.

- ¿Cómo que me he colado? Ya lo dije cuando usted me lo pidió.

- Es verdad. Dijiste un nombre; sin embargo, no era el tuyo. No puedes embarcar con un nombre falso. No se viaja de pie, y para sentarte tienes que ocupar la plaza que tiene tu nombre. Y, ante todo, tu nombre debe aparecer en la lista. No tenemos ninguna plaza reservada a ese nombre.

- ¿Qué debo hacer? –preguntó él desesperado.

- Vuelve a la superficie y averigua tu verdadero nombre, y cuando lo sepas vuelve a nosotros y tal vez te permitamos embarcar.

- ¿Cómo os encontraré?

- Nosotros te encontraremos en cualquier parte que estés. No necesitas buscarnos. Nadie nos busca porque sabemos dónde está cada uno de vosotros.

Frank, aturdido, se apeó del tren y se sentó en un banco mientras veía cómo se alejaba la única esperanza cierta que había tenido hasta entonces. Después subió los escalones y llegó a la superficie.

Le horrorizaba aquella ciudad, puesto que no conocía a nadie. Empezó a caminar entre la multitud e iba saludando a los que lo miraban; sin embargo, nadie le contestaba. Así que decidió caminar sin más hasta que llegó a una plaza y se sentó en un banco solitario. Unos minutos después, alguien le sujetó el hombro.

- ¡Hola! –le saludó una voz conocida.

- Hola –contestó Frank observándola detenidamente–. A usted la conozco. Es la misma persona que conversaba conmigo hace rato. ¿Cómo es que sigue aún aquí? La vi tomando el tren.

- Es cierto, pero me apeé cuando vi que no te dejaron entrar. ¿Cuál es tu problema?

- Pasa que no recuerdo mi verdadero nombre. ¿Por qué se interesa por mí? ¿Quién

es usted?

- Eso no importa ahora, muchacho. Lo importante es saber quién eres tú.

- ¿Cómo puedo hacer para averiguarlo? Aquí nadie me conoce ni responde a mi saludo.

- Ja, ja, ja –se rio la vieja–. Nadie puede oírte ni verte, muchacho.

- No lo entiendo.

- Vaya –se extrañó la mujer–. ¿No sabías que estás muerto? Ya te lo dije antes. Los vivos no pueden vernos ni oírnos.

- Por eso nadie contestó a mi saludo. ¿Cómo haré para averiguar mi verdadero nombre si no puedo establecer contacto con las personas?

- Acompáñame. Conozco a alguien que puede ayudarte.

- Muchas gracias por todo.

- Descuida, muchacho. Ahora solo falta que resolvamos tu problema.

Camaron largo rato, metiéndose y saliendo de callejones. Frank había perdido el sentido de la orientación, prácticamente acompañaba a la vieja como un autómata. Por fin, se detuvieron ante la boca de un túnel:

- Ya hemos llegado –dijo la anciana–. Entra ahí y al primer lisiado que encuentres le cuentas tu situación. Si lo considera pertinente te concederá un permiso temporal y podrás resolver tu problema.

- Muchas gracias. ¿Volveré a verla?

- Nos hemos visto siempre, y siempre seguiremos viéndonos, muchacho.

Dicho esto, la anciana se desvaneció.

Frank respiró profundamente y se internó en aquel túnel. Todo estaba oscuro. Apenas podía ver sus propias manos. Sin embargo, continuó a tientas hasta que, al doblar una esquina, se encontró frente a una ciudad. ¡No podía dar crédito a sus ojos! ¡Una ciudad dentro de un túnel!

Se fue acercando a la ciudad, mientras admiraba el panorama: había casas de todos los tamaños y formas. Había muchos anfiteatros, casinos, pocos hoteles, algunos bares e incluso botiquines y farmacias. Parecía una ciudad como cualquier otra, solo que no se veía ningún automóvil circular por las calles; en cambio, vio aterrizar varios aviones, desembarcar y embarcarse a varios pasajeros y despegar de nuevo sin necesidad de recorrer varios kilómetros para tomar el impulso. No tardó en darse cuenta de que aquellos eran los medios de transporte de aquella extraña ciudad. Atravesó varias calles y sólo se cruzaba con “personas normales”. Empezó a desesperarse, pues no veía la posibilidad de que en el país de los muertos hubiese algún lisiado. Estaba pensando en entrar en algún bar cuando en la puerta alguien le gritó:

- ¡Alto ahí, muchacho!

Él se detuvo, se dio la vuelta, mas no vio a nadie. Prosiguió su camino.

- ¡Detente! No puedes entrar en ese bar. Nadie entra sin mi permiso.

- ¿Quién es usted? –preguntó Frank aturdido.

- Soy el contable.

Frank no concebía la relación que pudiera existir entre un contable y la persona que autorizaba o no a los demás a entrar en algún local. Aquello era propio de los guardias, y en su caso, no era menor de edad ni delincuente, si es que aquellos términos podían utilizarse entre los muertos. Observó a quien le hablaba y constató que no tenía cabeza. Aquello fue lo más raro, así que decidió entrar en el bar de todos modos, ya que aquel espíritu le hacía perder el tiempo.

Habían pasado muchas vidas desde que entrara en aquella extraña ciudad y estaba cansado de tanto caminar inútilmente. No sabía cuántas posibilidades tenía de que aceptaran o no su petición, y aquel ser solo le estaba retrasando. Era cierto que tenía una eternidad, pero también lo era que no podía desperdiciar su tiempo. Estaba entrando cuando, de pronto, el otro le dijo:

- Soy yo a quien andas buscando.

Frank se le quedó mirando, sorprendido. No entendía cómo podía hablar si le faltaba la cabeza, y entonces se acordó de las palabras de aquella anciana: “al primer lisiado que encuentres”. Desde luego, aquella aparición contrastaba con el concepto que tenía de lisiado; pero, en fin, se alegró de haberlo encontrado.

- Usted dijo que era el contable— dijo, aturdido.
- Sí. Soy yo quien lleva la cuenta de cuántos espíritus acampan por aquí y cuántos pueden proseguir su camino. También me encargo de corregir los posibles errores que surjan.
- ¿Errores? ¿Eso es posible también aquí?
- Sí. Aunque te parezca extraño, en varias ocasiones los vivos entierran a algún muerto sin nombre o con un nombre falso. Tal vez porque no encontraron su documentación verdadera o lo encontraron tirado por ahí, y se toman la libertad de adjudicarle cualquier nombre a fin de enterrarlo.
- ¿Adjudicarle, dice?
- Sí. Los nombres que nos dan cuando nacemos vienen del más allá y marcan nuestra trayectoria por la vida. Por eso, no se puede dar cualquier nombre a los niños, ni nadie tiene permiso para cambiarse el nombre. Solo en circunstancias especiales lo podemos permitir. Ahora bien, cuando llega aquí su espíritu, tiene que resolver el dilema de su nombre o no podrá tomar el tren. Y no te equivoques al ver las sonrisas de los que están en el bar, pues eso es lo que hacen todos los días, y créeme, es muy tedioso.
- Veo que ya sabe por qué vine a buscarlo.
- Así es.
- ¿Qué me responde, entonces?
- Verás, tu caso es muy complicado. Cuando naciste, te pusieron un nombre; poco después decidiste olvidarlo y te tomaste la libertad de imputarte otro, y cuando te envían a nosotros lo hacen de forma anónima.
- ¿Por qué dice que decidí olvidar mi nombre? ¿Acaso no fue mi cerebro el que dejó de recordarlo?
- Verás, los vivos tenéis una manera muy diplomática para eludir vuestras responsabilidades y es culpando a otros de los errores o delitos que cometéis. Incluso sois capaces de culpar a las cosas cuando algo sale mal. Sois increíbles.
- No lo entiendo.

- Me explico: no es vuestro cerebro el que se olvida, sois vosotros mismos quienes, voluntariamente, dejáis de acordaros de algo que no os gusta o que viene relacionado con otras cosas desagradables. Tanto es así, que podéis recordarlo después, si queréis, u olvidarlo para siempre.
- No es cierto. He hecho grandes esfuerzos para acordarme y ha sido completamente imposible.
- Es cierto que hiciste verdaderos esfuerzos, pero eran más para olvidar tu pasado que para recordarlo. Dime, ¿en qué se debaten más las personas: en recordar algo o a alguien o en olvidarlo?
- Tiene usted razón. Nos resulta más fácil recordar, y cuanto más queremos olvidar una cosa tanto más acude a nuestra mente. Entonces, solo olvidamos aquello que le obligamos a nuestra mente que no recuerde, tal vez porque nos resulta traumático, y recordamos aquello que nuestra mente quiere mantener vivo, independientemente de si es positivo o negativo, aunque digamos que queremos olvidarlo.
- Ya ves. En realidad, no lo olvidáis, solo dejáis de acordaros de ello. Ahora podría pedirte que me digas tu verdadero nombre; sin embargo, a pesar de estar muerto, todavía te niegas a recordar. Por eso, te daré el permiso para que inicies tu viaje, y cuando encuentres lo que buscas, vendremos a buscarte.
- Muchas gracias.
- No me las des. Tendrás que dar muchas explicaciones cuando regreses entre los vivos. Estarás confuso en muchas ocasiones, pero no pierdas tu horizonte porque se acabará tu tiempo, y recuerda: una vez que tomes un cuerpo, vuelves a ser temporal.
- Lo recordaré.
- Más te vale. Regresa al Hospital de la Caridad y toma el cuerpo que acaba de ingresar en el depósito de cadáveres. Cuando cumplas tu misión, no te olvides de devolverlo.
- Así lo haré. ¿Cómo se llama el hombre que acaba de morir?
- ¿Qué más te da? ¿Acaso sabes tú verdadero nombre? Considéralo como una camisa que utilizarás durante un rato. ¿Qué te importa que sea de seda o de algodón? Anda, ve y que tengas suerte.

- Gracias otra vez.
- No me las des. Una vez estés entre los vivos, olvidarás todo lo que has visto aquí, y no dejes que te maten antes de cumplir tu misión porque no tendrás otra oportunidad. Al contrario, te convertirás en un cliente fijo para los bares que ves ahora a tu alrededor, y será una verdadera lástima.
- Lo tendré presente. Adiós.

3

Se despertó de pronto, y vio que se encontraba en una especie de caja. Estaba desnudo y acostado sobre una camilla de metal y tenía una especie de cinta atada en el dedo pulgar del pie derecho. La cinta le oprimía tanto el dedo que sentía el dolor en la sien. Hacía frío. Un frío insostenible. Se sintió como un pollo abandonado en el congelador para ser cocinado semanas después. Ese pensamiento le provocó una tremenda angustia y una necesidad vital de salir de ahí. Intentó muchas formas para salir, pero era imposible. Entonces, comenzó a dar patadas por todos lados mientras gritaba desesperadamente: “sacadme de aquí”. Sin embargo, sentía que su voz se ahogaba en sus propios oídos y el eco le producía un dolor insostenible a sus tímpanos. Estaba atrapado. El frío aumentaba y él sentía que le estaba congelando los huesos, le helaba la sangre e incluso parecía que le congelaba el cerebro. Siguió golpeando con todas sus fuerzas con la esperanza de que alguien lo oyese y lo sacara de ahí antes de que se volviera hielo macizo.

El vigilante se encontraba en la planta superior, realizando su inspección rutinaria cuando se enteró de aquel alboroto. Al principio creyó que procedía de la calle, ya que alrededor del hospital solía congregarse, en la madrugada, una masa de lisiados, minusválidos, mendigos, etc., esperando ser los primeros en tomar el caliente desayuno que ahí se ofrecía. Se acercó al balcón para pedirles que guardaran silencio por respeto a las personas que estaban ingresadas en el hospital, pero no vio a nadie. Consultó su reloj y eran las dos y cuarenta y cinco. Todavía faltaban casi tres horas para que amaneciera y dos para que el grupo de necesitados hiciera su ruidosa fila delante del hospital. Entró en el edificio y siguió el eco buscando la procedencia de aquel ruido ensordecedor, aunque sonaba hueco. Bajó al depósito de cadáveres

y se fue acercando a la celda en que sonaban los golpes. Se asustó al percatarse de que procedían de la caja 306, pues hacía doce horas que había “guardado” ahí a un señor de unos cuarenta y tres años, moreno, de pelo rizado, robusto y fortachón. Era impensable que un cadáver se recuperase después de estar sometido a bajas temperaturas durante tanto tiempo. Tenía que estar literalmente congelado.

El hombre tenía miedo. Había oído muchas leyendas de personas que volvían a la vida tras estar muertas durante varias horas y las cosas raras que hacían y, por si fuera poco, el cine había empeorado esa tesis con los cuentos sobre zombis y vampiros y su insaciable sed de cerebros o de sangre. A él le constaba que el cerebro de aquel hombre llevaba muerto varias horas y era imposible que volviera a ser normal. No obstante, los gritos desesperados que profería aquel eran más lastimeros que la lástima que sentía por sí mismo al imaginarse las mil maneras en que podría ser devorado. Retrocedió varios metros, cogió un palo largo que acababa en una especie de gancho y lo pasó por el picaporte del cajón; tiró de él un poco para que aquel viera la luz y se escondió en el cuarto de limpieza.

El hombre salió de la caja y se cayó al suelo. Se incorporó y fue tanteando la pared, al igual que los zombis, en busca de alguna puerta. Al no encontrar ninguna, subió por las escaleras hasta el primer piso y encontró el vestuario de enfermeras. Se puso una bata y salió a la calle.

Eran las cuatro y media de la mañana. Hacía mucho frío, aunque, comparado con el que sentía en su encierro, aquello parecía veraniego. Caminó durante un rato y se topó con unos mendigos que se dirigían al hospital en busca de su desayuno. Estos, al verle, sintieron pena por él y le entregaron unos pantalones y un abrigo viejos. Se los puso encima de la bata y, antes de que continuase su camino, ellos lo arrastraron hacia el hospital, pues era mejor comenzar el día con un desayuno calentito.

Entretanto, el vigilante había puesto al médico de guardia al corriente de todo lo que había ocurrido en el depósito de cadáveres. Este había salido fuera para constatar que era cierto, y para su sorpresa, encontró al hombre apretujándose en la fila. Telefonó urgentemente a la directora del hospital para que viniese a dar constancia de aquel hecho inverosímil, antes de que las autoridades les acusaran de hacer desaparecer al cadáver de aquel hombre y que acabasen todos en la cárcel.

Cuando llegó la directora eran las cinco y media. Las enfermeras estaban repartiendo el desayuno a los que estaban en la fila. Se dirigió al despacho del doctor Sanders, que le había telefoneado, y comentaron el caso. Ella le preguntó si había observado alguna cosa rara en el recién revivido y él dijo que no. La directora contempló al

sujeto en cuestión desde la ventana del despacho. Este se movía normalmente, hablaba muy poco mientras desayunaba con los que habían venido.

- Debemos avisar a sus familiares –dijo ella pensativa–. No sé cómo se lo explicaremos ni mucho menos lo que le diremos a la prensa cuando se entere de la noticia. Sin embargo, debemos prepararnos para ofrecer una información veraz sobre esta situación tan descabellada.

- Tiene usted razón –reconoció el doctor–, es de locos. ¿Quién se creerá una historia parecida?

- Tendrán que creérsela. Afortunadamente, disponemos de un certificado de su muerte y varios médicos y enfermeras que presenciaron el hecho. Llama al vigilante. Quiero conocer cada detalle de cómo se despertó.

- Enseguida, doctora.

Mientras el doctor salía en busca del vigilante, la directora revisó el expediente de aquel paciente, desde que ingresó hasta la hora en que expiró. Observó las causas por las cuales murió: insuficiencia renal y paro cardíaco. Llamó a un enfermero para que avisara al revivido de que fuera a su despacho en cuanto acabara de desayunar, y este se dirigió al salón de acogida. Entretanto, el doctor Sanders regresó con el vigilante, que explicó todo lo que ocurrió desde las dos y cuarenta y cinco, cuando comenzó a escuchar los golpes, hasta la hora en que se lo fue a notificar al doctor Sanders. Si el sujeto en cuestión no estuviese desayunando en el comedor, habrían sometido al vigilante a unas pruebas de alcoholemia y a unos análisis psiquiátricos. Hasta habría acabado en la cárcel porque lo que relató no tenía sentido. Cuando acabó su historia, entregó a la directora la etiqueta que había atado al dedo pulgar del pie derecho del revivido. La había recogido al pie de la escalera, mientras aquel ascendía al primer piso como un poseso.

El ambiente del comedor era muy ruidoso. Mientras algunos desayunaban, otros seguían empujándose en la fila. Nadie quería ser el último, porque a veces no encontraba lo suficiente para mantenerse en pie durante todo el día. La sala estaba dividida en dos largas filas de bancos con sus largas mesas. Los que ya tenían su ración conversaban ruidosamente desde sus bancos. En el lado izquierdo se sentaban los tranquilos, o más conocidos como los normales, y en el derecho se sentaban los negociadores. Era el ala más ruidosa; algunos se reían de los demás, otros se jugaban a los dados su ración de sopa o su pan. Incluso había quien vendía su almuerzo (sus bocatas) o lo utilizaba como trueque para conseguir a cambio algún favor. Nuestro

hombre, ajeno a todo aquel bullicio, se había sentado entre los negociantes y se tomaba el desayuno con parsimonia. Se le acercaron dos hombres a proponerle un suculento trato, pero no les hizo caso, pues se sentía como un extraño entre aquella gente. De pronto, oyó que alguien llamaba:

- Señor Crespo, señor Crespo.

Se dio la vuelta y miró fijamente al que llamaba. No lo conocía, así que siguió comiendo tranquilamente. Pero el otro insistía:

- Eh, Armando Crespo –dijo mientras señalaba a nuestro hombre.

- Se refiere a ti –dijo uno de los comensales–. Se nota que te conoce. Seguro que a partir de hoy te darán un trato especial cada vez que vengas aquí.

- No lo conozco, y no entiendo por qué tiene que llamarme precisamente a mí, habiendo tanta gente aquí.

- En tu lugar, no me preocuparía –dijo una chica que estaba sentada detrás de nuestro hombre–. Muchos de nuestros colegas han encontrado trabajo aquí como mozos de limpieza, recaderos, ayudantes de cocina, etc.

- En el tuyo, yo tampoco me preocuparía –respondió nuestro hombre– porque seguro que estarás esperando tu oportunidad. En cambio, en mi lugar, me preocupa saber qué querrán de mí.

El enfermero llegó donde estaba nuestro hombre, le tocó amigablemente el hombro y le dijo con una sonrisa:

- Dice la directora que vayas a verla a su despacho cuando acabes el desayuno. Estoy seguro de que tiene algo bueno para ti.

- De acuerdo –contestó–. Iré enseguida.

Los que oyeron aquel recado comentaron las mil oportunidades que se le presentaban a nuestro protagonista. Sin embargo, él estaba preocupado. Algo en su interior le decía que no debía acudir a aquella cita. Trató de recordar por qué, mas no lo conseguía. Sus colegas no paraban de animarle a que fuera; pero, cuando se levantó dispuesto a dirigirse al encuentro con la directora, su brazo chocó con la botella de agua fría que había pedido uno de los que le arrastraron a aquel comedor, y enseguida se acordó del frío que había pasado en el depósito de cadáveres. De pronto

cayó en la cuenta del por qué le llamaban. Le entró mucho pánico. Se imaginó a sí mismo de vuelta a aquella caja, ya que oficialmente estaba muerto. Después se vio convertido en títere por la prensa, saliendo de una emisora y entrando en otra bajo la amenaza de ser devuelto a aquella caja si no accedía. Finalmente, se imaginó convertido en rata de laboratorio bajo la observación y experimentación de grandes científicos, mientras le operaban una y otra vez en busca del elemento o la célula que le devolvió a la vida después de doce horas, a fin de experimentarla con otros cuerpos. Se asustó tanto que salió como una exhalación de aquella sala y nadie vio por dónde pasó. Corrió como alma que lleva el diablo y no se paró hasta asegurarse que se encontraba a centenas de metros de aquel hospital. Se subió al primer autobús que encontró en la estación. Le daba igual hacia dónde se dirigía. Sólo quería alejarse de aquel lugar antes de que lo atraparan. Aprovechó la parada en la que bajaron muchos pasajeros, a fin de pasar desapercibido. No tenía dinero. El ayudante del conductor se fijó en él y le llamó en voz alta exigiéndole que pagase. Por toda respuesta, huyó de nuevo a toda velocidad; cuando vio que el conductor le seguía por la carretera, entró en un callejón estrecho, se metió en el primer patio que encontró y se sentó en una silla vacante que había por ahí.

Pasó un cuarto de hora y una señora de estatura baja, regordeta y con la cara llena de pecas, se acercó a él y le preguntó:

- ¿Qué le traigo para tomar? He observado que usted lleva mucho tiempo sentado aquí y no pide nada.

- ¿Para tomar? –preguntó nuestro hombre. ¿Todavía no ha amanecido del todo y voy a pedir algo para tomar?

- ¿A mí qué me cuenta? Este es mi bar y si una persona ocupa una de mis sillas tiene que pedir algo para tomar, si le apetece; en caso contrario, es mejor que se vaya y no me espante la clientela. ¿Qué gano dejándole sentarse sin más?

Él se levantó y fue caminando por la ciudad. Aprovechó para visitar todos los barrios que pudo, pues tenía la esperanza de que algún familiar lo encontrara. Ahora se llamaba Armando Crespo y estaba seguro de que tendría algún familiar en los alrededores, dado que había fallecido en el hospital. No podía sufrir dos veces la misma mala suerte de que nadie lo conociera. “Dios –pensaba–. Es de locos. ¿Cómo hago para coordinar dos personalidades diferentes? ¿Quién se supone que debo ser ahora, Frank o Armando? Tengo que serenarme o acabaré en un manicomio”. Y siguió deambulando hasta que, de pronto, una niña de siete u ocho años le agarró el brazo. Era rubia, de pelo ondulado y tenía pecas. Él se asustó.

- ¡Papá! –gritaba la niña–. ¡Por fin te hemos encontrado! ¡Eh, Teodoro, mira, he encontrado a papá!

- ¿Papá? Marta, no digas tonterías –la reprendió su hermano desde la casa.

- Es verdad. Ven a verlo.

Armando estaba mirando por todas partes, buscando al interpelado. De pronto vio salir un muchacho de unos doce años, el cual se quedó petrificado al verlo. Era alto, rubio, de complexión atlética y tenía el cabello revuelto.

- ¿Quién es usted? –preguntó el chico.

Aquella pregunta le resonó en la sien como un bloque de hielo. Hacía poco que él mismo se la había planteado y todavía no había obtenido una respuesta satisfactoria. Estaba debatiéndose entre quien era por fuera y quien era por dentro, y ambos no se ponían de acuerdo. Miró con tristeza al chico y sólo alcanzó a decir: “No lo sé”.

- No puede ser usted –dijo el chico–. No es posible.

Armando contempló a los chiquillos y le dio mucha pena la cara de sorpresa y tristeza que tenían. La niña lo sujetaba con fuerza, casi le oprimía la mano.

- Acompáñenos, por favor –pidió el chico.

Armando los acompañó hasta un patio formado por tres edificios construidos en forma de “C”, de cinco pisos cada uno, y en cada piso había dieciséis casas. Ascendieron a la cuarta planta a través por las escaleras y entraron en la casa 4-12. Era una casa sencilla. Estaba pintada de color azul y el zócalo era marrón. Constaba de tres dormitorios, recibidor, cocina y baño. Tenía dos barandas: una delantera donde habían colocado dos butacas y una trasera completamente vacía, donde jugaban los niños durante los días de lluvia. En el recibidor había un sofá de tres plazas, un aparador y un televisor plasma de cuarenta y dos pulgadas. En la pared había varios diplomas y muchos cuadros. Los chicos le dijeron que se sentara y entraron en la habitación, donde mantuvieron una charla con su madre. Mientras tanto, él se levantó y comenzó a mirar las fotos de los cuadros. Se notaba que tenía una familia muy unida, y, a pesar de que llevaban una vida austera, parecían muy felices. Se alegró muchísimo de que esta vez había tenido mejor suerte: tenía una familia por la que luchar y trabajar. Aparte del inconveniente de que estaba muerto y, por lo tanto, no era él mismo, todo lo demás le parecía un aliciente para seguir adelante. Incluso ya se hacía ilusiones pensando en encontrar un trabajo y dedicarse

exclusivamente a su familia por el resto de sus días, cuando se acordó del por qué estaba de nuevo entre los vivos. Decidió huir de ahí, pero, apenas llegó a la puerta, sintió que alguien le agarraba fuertemente la mano.

- Papá, no estarás pensando en abandonarnos otra vez, ¿verdad?

Era la niña de nuevo. La observó con tristeza y se dio cuenta de que era su responsabilidad cuidar de aquella criatura. No podía irse así sin más. Incluso cuando tendría que hacerlo, nunca olvidaría aquella mirada inocente y la tristeza que reflejaban aquellos ojos. Prometió que cuidaría de aquella familia, sin importar el lugar en el que él estuviese. Al fin y al cabo, era el padre de aquellos lindos muchachos. Era un daño colateral que tenía que asumir a cambio de conseguir su objetivo. Si no cumplía con su deber, no valdría la pena que le hubiesen concedido una segunda oportunidad.

- Marta, tu padre no nos ha abandonado. Sólo está confuso y creo que necesita tiempo para entender las cosas –dijo una voz femenina desde el dormitorio.

- Es mentira, Paula. Ayer nos dijiste que se había ido al cielo y que ya no estaría entre nosotros.

- Eso era lo que creíamos, pequeña, pero Dios ha querido que regrese para cuidarnos. Por eso debemos darle tiempo para que asuma las cosas. ¿Lo entiendes?

- No. No quiero entenderlo. Solo quiero que se quede con nosotros. No puede abandonarnos como lo hizo mamá.

Armando se quedó petrificado: ¡Él era viudo! ¿Quién era la persona que hablaba desde el dormitorio? Por toda respuesta, la niña le arrastró hacia la voz, diciendo:

- Ven, papá. Ven a ver a Paula. Todavía sigue enferma.

Entraron en el dormitorio. Era un cuarto casi oscuro. Sobre la cama estaba una adolescente de unos dieciséis años, tal vez. No podía estar expuesta a la luz solar ni eléctrica, pues tenía una rara enfermedad. Había una lámpara en el suelo de baldosas, que iluminaba el cuarto. La chica era morena, tenía el pelo rizado y estaba triste, aunque trató de esbozar una sonrisa.

- ¡Hola papá! Me alegra que hayas vuelto. Gracias a Dios.

Entonces Armando se dio cuenta de que Paula era su primogénita. Había pensado

que tenía esposa y ahora resulta que sus hijos habían quedado huérfanos cuando él murió y a cargo de su hermana enferma. ¿Qué habría sido de ellos? Recordó las peripecias que pasó, las cuales eran dignas de escribirse en un libro con el título de “La misteriosa vida del pícaro Frank Enstein”, y se asustó. Ahora entendía el plan. No había sido una casualidad que le enviaran precisamente a aquella familia. Realmente, ellos necesitaban más ayuda que él. “Los senderos de Dios son inescrutables”, había oído decir a un cura una vez, hace años, en una de sus múltiples incursiones en la iglesia mientras trataba de recolectar el dinero necesario para sobrevivir durante unos días. Pero, cómo podría explicarles que él no era él mismo. No lo entenderían, es más, era mejor que nunca lo supieran porque le tratarían con recelo como le habían tratado siempre. Definitivamente tenía que ser Armando. Ya encontraría algunos ratos libres durante el día para ser Frank Enstein. Pero, por ahora, tenía que olvidarse de Frank.

- Perdonadme, hijos míos –alcanzó a decir mientras abrazaba a la pequeña–. No pienso ni quiero abandonaros. Debéis entender que estoy confuso, y os pido que me ayudéis a recordar las cosas: quién era, dónde trabajaba, si tenemos algún familiar cercano o lejano, etc.

- No te preocupes, papá –le consoló Paula–. Yo te pondré al día antes de que anochezca. Teodoro, llévate a la niña a jugar. Debo actualizar a papá sobre nuestra situación.

- Yo quiero quedarme –protestó Marta–. Prometo no interrumpiros.

- ¿Lo prometes de veras? Todos sabemos lo que duran tus promesas.

- Te doy mi palabra de honor que no abriré el pico mientras habláis.

- Está bien –se resignó Paula–, puedes quedarte.

Todos se quedaron hablando en aquella habitación. Al principio, los ojos de Armando no distinguían los rasgos de Paula, mas cuando se acostumbró a la oscuridad, la vio tal cual era y se alegró de tener a una hija tan guapa. Esta le informó de que trabajaba en una empresa de cosméticos, “Sucursal Serrano”, y que había sufrido un accidente en su puesto de trabajo. Había estado ingresado durante tres meses y, durante todo aquel tiempo, ninguno de sus jefes se había interesado por él. Tan sólo ingresaban mensualmente su salario, con un pequeño plus para gastos médicos. Afortunadamente, solo la familia y los médicos sabían que había fallecido el día anterior, y, tal vez, aún no le habían borrado de la nómina. Consultó el reloj de la pared y eran las diez y cuarto. Todavía tenía tiempo para presentarse

al trabajo. Aquello parecía una broma del destino: había resucitado en una familia de huérfanos cuyo padre era empleado de una empresa de cosméticos, que tal vez tendría alguna relación con la suya. Ya lo averiguaría con el tiempo. Por desgracia, Paula no conocía el nombre de la empresa. Sin embargo, sabía que era la única de cosméticos de la capital. ¡Muy bien! Así tenía cerca las dos herramientas que necesitaba para cumplir sus objetivos: amparar a la familia Crespo y descubrir la verdadera identidad de Frank; la suya, vamos.

Antes de irse a trabajar, encendió el televisor para ver las noticias, a fin de asegurarse si podía salir a la calle o no. Afortunadamente, los del hospital no habían notificado a la prensa nada sobre su situación. Paula les había pedido absoluta discreción al respecto, pues si publicaban la noticia, todo el mundo rechazaría a su padre y le tratarían como a un zombi. Eso sería peor que estar muerto y, a la postre, ellos se morirían de hambre. La directora aceptó y se lo comunicó a todo el personal. Nadie dijo lo contrario. No obstante, archivó las pruebas en un lugar al que solo ella tenía acceso, por si las necesitaba en un futuro próximo o lejano.

“No hay moros en la costa –pensó Armando–. Puedo irme tranquilamente a trabajar”. Llamó a sus hijos y les prometió que nunca les abandonaría, y que dedicaría la vida que le quedaba a asegurarse de que no les dejaría desamparados a su muerte. Salió de casa silbando su canción favorita. Los chicos estaban tristes y alegres a la vez. Agradecieron a Dios por haberse acordado de ellos y haberles enviado a su padre de vuelta a casa.

4

Eran las doce cuando llegó a su puesto de trabajo. Trabajaba en una sucursal de la empresa “Cosméticos Silver & Co.” No encontró ninguna relación con la que había creado hacía años, pero le gustó la idea de trabajar en una empresa semejante, ya que, con el tiempo, podría saber el rumbo que el sector había tomado últimamente.

Su cometido en la sucursal era sencillo. Era jefe de almacén, al parecer llevaba trece años en eso, y se le consideraba el mejor en su materia. Por eso, cuando enfermó dos meses atrás, el subdirector casi se desespera. No obstante, pusieron al más experimentado en su lugar y añadieron un plus a su salario a fin de colaborar

en sus gastos y su pronta mejora. Apenas llevaba dos horas trabajando cuando le convocaron al despacho del subdirector. Se dirigió allá enseguida, esperando recibir una bienvenida. Sin embargo, encontró a su superior de pie, apoyado en su mesa y con el ceño fruncido.

- Buenas tardes, señor –saludó cortésmente.

- Hola. Puedes sentarte –contestó aquel todavía enfadado.

Él se sentó y observó a su jefe, pensando en qué podría haber hecho para alterarle. Era un hombre de estatura baja, gordo, calvo y llevaba unas lentes que sujetaba con unas cuerdecillas que pasaban tras su nuca. Tendría unos cincuenta y ocho años. Era muy serio, pero siempre esbozaba una sonrisa a sus empleados. Se llamaba Félix Lisardo.

- Estoy muy enfadado contigo, Armando.

- ¿Puedo saber por qué?

- Me alegra que te hayas recuperado del todo. Me han dicho que estabas trabajando. ¿Cuándo te has incorporado?

- Esta mañana. Hará dos horas, más o menos.

- ¿Cuándo te dieron el alta en el hospital?

- Esta madrugada.

- Y, ¿te parece normal incorporarte al trabajo a las pocas horas de salir del hospital? Si mal no recuerdo, tienes una hija que lleva en cama varios años a causa de una rara enfermedad y otros dos hijos pequeños. ¿No te parece que debías pasar el día de hoy con ellos, después de dejarlos solos durante tres meses, y comenzar a trabajar mañana? ¿Qué es lo más importante: la familia o el trabajo?

- Ambos son importantes, señor.

- ¿Cómo dices? ¿Acaso trabajas porque tienes familia o tienes familia porque trabajas?

- Tiene usted razón. Mañana estaré aquí a las ocho.

- Hoy es viernes, buen hombre. Vuelve a casa y diviértete con tus hijos este fin de

semana. Te espero aquí el lunes a las nueve.

- Gracias, señor.

- De nada. Los hombres muchas veces cometemos el error de descuidar a la familia a causa de nuestro trabajo y olvidamos cuál es la razón por la que trabajamos tanto.

Armando regresó a su despacho y ordenó lo que estaba haciendo, disponiéndolo todo de manera que el lunes no tuviese dificultades para reemprender la tarea.

Volvió a su casa y encontró a sus hijos como de costumbre: Marta jugaba en el jardín, Teodoro jugaba al baloncesto con sus colegas y Paula estaba en cama. La casa estaba ordenada; sin embargo, se notaba que necesitaba una limpieza a fondo.

Aprovechó la ausencia de sus hijos menores para mover todos los muebles y limpiar la casa cual espejo. A pesar de todo, no estaba tan sucia como él creía. Se notaba que su hijo se esmeraba por demostrar su valía. No recordaba cuánto tiempo llevaba Paula postrada en cama y tampoco tenía recuerdos de su esposa. Afortunadamente, Paula disponía de una silla de ruedas para desplazarse por la casa durante las noches. No podía exponerse al sol ni a las luces intensas y prácticamente circulaba y trabajaba en las sombras. A causa de ello, se le habían oscurecido las pupilas. A él le daba pena aquella pobre niña, que había renunciado a sus sueños a causa de los avatares de la vida.

Cuando acabó, eran las tres de la tarde. Preparó la comida y fue a ordenar el cuarto de los niños, pero estaba todo limpio y ordenado. Se extrañó y alegró al mismo tiempo. Cualquiera diría que había una mano angelical en aquella casa. Después entró en su cuarto en busca de una foto de su mujer, a fin de hacerse alguna idea de la persona con la que estuvo casado. No había nada. Ni documentos, ni cartas, ni siquiera una foto. Tampoco encontró su retrato en el comedor. Solo aparecían sus hijos y él en los que había en el salón. Aquello era muy extraño. Su mujer tenía que haber hecho algo muy grave para que él tratase de enterrar sus huellas. ¿Estaría muerta como él pensaba? Tampoco lo recordaba. De todos modos, si estuviera muerta, habría fotos suyas en la casa, o por lo menos alguna expuesta en alguna parte. Eso es lo que suele hacer todo el mundo. Quiso preguntárselo a Paula, pero lo postergó. Llamó a sus hijos y todos se sentaron a la mesa, excepto ella. Se lo pensó un poco, y luego todos fueron a comer a la habitación de Paula. Eran las cinco de la tarde.

- A partir de hoy, comeremos siempre juntos ahí donde todos podamos estar.

- Gracias papá –dijo Paula con lágrimas en los ojos.

- ¿Te pasa algo, querida?

- Nada, papá. Me alegra mucho haber recuperado a mi padre.

- Nosotros también nos alegramos –dijo Marta.

Cuando acabaron, Teodoro y él fregaron los platos y luego se sentaron a mirar la televisión, mientras él les preguntaba lo que hacía cada uno de ellos y cómo le iba.

Aquel fin de semana fue el mejor para aquella familia. Parecía que acababan de conocerse y disfrutaron mucho. Incluso Armando sacó fuera a su hija por la noche, cenaron en el jardín y se tumbaron sobre la hierba a contemplar el cielo nocturno. El cielo estaba despejado y Paula se emocionó como una niña que veía las estrellas por primera vez. Jugaron hasta casi las diez de la noche, y Armando estaba llevando de brazos a Paula de vuelta a su habitación cuando, de pronto, Marta exclamó:

- Papá, nunca nos has explicado por qué se fue mamá.

- ¿De veras? –preguntó él, que en realidad no se acordaba de la causa por la que le dejó su mujer.

- Es cierto- le confirmó Teodoro.

- ¿Puedo deciros una cosa, muchachos?

- ¿De qué se trata? –preguntó la pequeña

- No me acuerdo ni de vuestra madre ni de por qué nos abandonó.

- Pues yo sí lo sé –afirmó Paula.

- Entonces, muchachos, vuestra hermana nos contará un cuento antes de dormir; pero los personajes seremos nosotros.

Entraron en casa y, cuando Armando recostó a Paula en la cama, Teodoro y Marta se tumbaron a su lado. Él se sentó en la silla que había junto a la cama. Poco después, Marta vino a sentarse en el regazo de su padre, dispuesta a escuchar el cuento de la familia.

Su mujer se llamaba Cristina, se habían conocido en el instituto. Cuando acabaron

el ciclo, ella se fue a la universidad, mientras él tuvo que trasladarse al pueblo porque meses antes había muerto su padre, y su madre no podía continuar pagándole los estudios. En el pueblo, se convirtió en manitas y empezó a ganarse la vida. Más tarde regresó a la ciudad y sacó dos FP: una en Contabilidad y otra en Recursos Humanos. Por la brillantez de su expediente, los directivos le gestionaron un puesto de trabajo en una empresa de seguros y, luego, en aquella empresa llamada “Cosméticos Serrano S.L.” Llegó a ser director de una de las agencias, y entonces buscó a la chica de sus sueños, Cristina, la cual le había rechazado cuando estaban en el instituto, y en breve se casaron. Seis meses después nació Paula, que era muy inteligente, inquieta y siempre la primera de su clase. Pero a los diez años, cuando acababa de comenzar el instituto, comenzó a desarrollar aquella rara enfermedad que le fue afectando los huesos y dejó de caminar. Los médicos dijeron que era genética. Al parecer, su bisabuelo materno había sufrido esa misma dolencia. Sin embargo, habían transcurrido dos generaciones sin ningún nuevo caso y nadie creía que fuera a aparecer otro. Al principio, sus profesores le permitían estudiar y venían a examinarla a su casa, como si hiciera un curso a distancia, y así terminó el primer ciclo del instituto. Por desgracia, cuando su madre les abandonó, su padre sufrió un infarto y fue hospitalizado, y ella sufrió una fuerte depresión que le llevó a abandonar los estudios.

Tres años después, la empresa quebró. Algunos directores fueron reducidos a jefes de sección, otros a simples empleados, y la empresa estuvo a la deriva durante un año hasta que fue absorbida por otra empresa más grande.

Cristina era una mujer ambiciosa. No se sentía satisfecha con nada y despreciaba a su marido porque este no había ido a la universidad. Se casó con él porque obtuvo el cargo de director, pero no podía estar quieta por mucho tiempo. Tuvieron a sus tres hijos con diferencia de cuatro años, porque ella necesitaba su espacio. A él le venía bien, pues tenía mucho trabajo y porque pensaba tener dos o tres hijos.

Dos meses atrás, él tuvo un accidente laboral, a causa de la distracción de uno de los almacenistas, que colocó mal una caja. Esta cayó rodando y se estrelló contra el pecho de Armando, que estaba supervisando el trabajo que hacían. El médico le recomendó que estuviera tres semanas de reposo, y su mujer, que no estaba acostumbrada a tenerlo todo el día en casa, se cansó de cuidarlo y se marchó del hogar una mañana. Todos pensaban que había ido a hacer la compra, pero no regresó. Cuando se fueron a dormir, él encontró una carta bajo la almohada en la que le decía que no estaba preparada para tener a su marido en casa durante todo el día, pues tenía otras cosas que hacer, y le encomendaba a los niños.

La verdad era otra: Cristina no amaba a su marido. Se habían casado con él porque ella se quedó embarazada por distracción suya, ilusionada por salir con el director de una agencia. Más tarde, decidió tener todos sus hijos con él. No deseaba tener hijos con padres diferentes, pues aquello mancharía su reputación, y, al igual que su marido, ella también quería tres hijos. Con todo, había continuado su relación clandestina con el hombre a quien amaba, Sergio, el chico más famoso del instituto, que era un hijo de papá y nunca daba un palo al agua, pues no le faltaba nada. Cuando se hizo mayor heredó una fortuna multimillonaria, la cual derrochaba en viajes de lujo y en mujeres. Se casó con Hortensia, la mejor amiga de Cristina, sin haber roto la relación que ambos mantenían clandestinamente desde el instituto. Lo hizo únicamente para darle gusto a su padre, que siempre le decía que un hombre debe sentar la cabeza; pero no le faltaban amantes por doquier, y Cristina sabía que era una de ellas. Ella fingió alegrarse, pero siguieron viéndose a escondidas.

Armando era consciente de aquella realidad, pero le daba igual. Le bastaba saber que había cumplido su sueño de casarse con la chica que él amaba y no le importaba cuánto duraría aquella relación. “Nada es eterno en esta vida –le había dicho su padre antes de morir–. Lo más importante es hacer el trabajo que te gusta y vivir con la mujer que quieras, aunque ella no te ame. Al fin y al cabo, nadie sabe lo que quieren las mujeres. Ambas cosas dan paz al hombre. El resto pasa con el tiempo y, cuando morimos, no nos llevamos nada”.

Cuando Paula enfermó, ella pensaba dejar aquella relación y dedicarse completamente a su hija, sobre todo porque su amante la presionaba para que huyesen juntos y a ella le parecía descabellada aquella idea; sin embargo, cuando su marido enfermó, ella se estresó pensando que tendría que cuidar de él para siempre y decidió sacudirse aquel peso. La noche anterior, preparó una maleta y huyó al día siguiente con su amante, dejando una carta de despedida bajo su almohada, con la seguridad de que su marido toparía con ella en cualquier momento, dado que pasaba casi todo el día acostado. Cuando Armando vio aquella carta se quedó muy angustiado, sintió que el techo se le caía encima. Afortunadamente, Paula se enteró y pidió ayuda. Unos vecinos lo llevaron al hospital y estuvo ingresado, en cuidados intensivos durante tres meses. Durante aquel tiempo, Paula llevaba las cuestiones administrativas de la casa a través de llamadas telefónicas, y Teodoro materializaba las compras de las cosas y pagaba las facturas del hospital. Prácticamente Marta crecía sola, junto con las niñas del vecindario. Pero, a pesar de su edad, sabía lavar, prepararse el desayuno, fregar los platos, hacer su cama y ordenar sus cosas.

Una tarde, después de la visita de sus dos hijos, recobró el sentido y vino un médico a hacerle unos controles a fin de decidir si podían desconectarlo y trasladarlo a

otra sala junto a los demás enfermos. El médico certificó que estaba bastante recuperado, pero que podía pasar así la noche y al día siguiente lo trasladarían. Cuando se retiró el médico, él recordó que su mujer lo había abandonado y a su hija Paula postrada en la cama, y entonces pensó en qué habría sido de sus hijos pequeños. Sufrió un ataque de ansiedad, empezó a convulsionar y le dio un infarto. Los médicos acudieron puntualmente e hicieron todo lo posible por reanimarlo, pero fue inútil. Expiró a las tres de la tarde. Lo trasladaron al depósito, después de certificar su muerte, y dos horas después llamaron a su casa. Les atendió Paula y hablaron largamente con ella, acordando enterrarlo al día siguiente. Paula reunió a sus hermanos y les explicó de la manera más sencilla la nueva situación que todos tendrían que afrontar. Sin embargo, él despertó esa madrugada y ahora estaba con ellos.

Era casi la una de la mañana cuando Paula acabó el relato y todos se fueron a dormir. Armando tenía que digerir toda aquella historia. No podía juzgar a su mujer, pues no la conocía ni la recordaba. Por ello, agradeció a Dios la nueva oportunidad que le había dado y haberle permitido cuidar de nuevo a su familia. No sabía de cuánto tiempo disponía, pero fuese cual fuese su nombre y su verdadera misión, tenía que cuidar y dar protección a aquellos lindos muchachos antes de partir hacia el infinito. El día siguiente era lunes y tenía que retomar el trabajo y compaginar ambas misiones hasta concluir las.

Se despertó muy temprano. Había tenido un sueño extraño del cual no se acordaba; pero tenía claro que debía aprovechar el tiempo si quería tener éxito en sus misiones. Preparó el desayuno de los niños y partió hacia su puesto de trabajo.

Llegó a las ocho y media. Se entrevistó con el subdirector y luego recuperó su puesto. La tarea era sencilla y rutinaria, y, en breve, había retomado el hábito. Cuando regresaba a casa, siempre les llevaba alguna sorpresa a sus hijos. Se había propuesto hacer que cada día que pasaban juntos fuera especial, y juntos lo disfrutaban.

Una mañana le comunicaron que tenía que trasladarse a la ciudad de Santa Bárbara, donde se hallaba la sede central de la empresa, pues tenía que recoger un envío para su sucursal. Aquello le llevaría tres o cuatro días a lo sumo. Él se alegró de conocer, por fin, a los dueños de la empresa. Al parecer, en cada sucursal había un subdirector, un contable y un jefe de almacén. Sólo había un Director General, y los que trabajaban en la sede central lo veían muy raras veces; pero ninguno de los que trabajaban en las sucursales le conocía personalmente, pues siempre enviaba a un representante a las reuniones con los subdirectores. En vista de ello, Armando decidió hacer una compra especial para aquellos días que pasaría fuera, aunque

sabía que sus hijos sabían valerse por sí solos. El viaje sería en dos días, pero antes tenía que hacer un recuento de todo lo que había en el almacén, a fin de conocer las carencias y los artículos que debía traer. Dio parte al subdirector de todo cuanto había anotado y se retiró. Después del trabajo, decidió dar un paseo por aquella ciudad en la que se suponía que llevaba viviendo desde pequeño, pero que no recordaba en absoluto.

5

Era una ciudad enorme, como tantas otras capitales del mundo. Los edificios eran rascacielos y todos de cemento. A él no le gustaba pasear por el centro, ya que el tráfico era más ajetreado; sin embargo, decidió perderse en aquella inmensidad. Visitó los barrios de los ricos y fue observando las casas para hacerse una idea de cómo le gustaría construir la suya en unos años, cuando, de pronto, se quedó paralizado ante una gran mansión cuyas verjas alcanzaban casi dos metros de altura. La casa estaba pintada de blanco en la parte superior, y de gris en la inferior. Era de tres pisos y, por su estructura, parecía sacada de los cuentos de hadas. En la parte delantera había un hermoso jardín; junto al portón estaba la casita del vigilante y, a la derecha de la misma, había un columpio atado a dos arbustos. Al otro lado de la mansión había un tobogán y un tiovivo. En la parte trasera había una casa más pequeña. No entendía por qué, pero le resultaba muy familiar aquella vivienda y aquel jardín medio descuidado. Las flores que rodeaban la mansión tenían formas de animal, pues el jardinero las había podado dándoles forma de perro, de gato y de oso. Rodeó las verjas y constató que aquellas formas constituían una serie. De pronto, se vio a sí mismo de niño jugando junto a aquellas flores con una camioneta de bombero y un barquito. Se quedó paralizado, incapaz de continuar su paseo, hasta que alguien lo llamó desde la caseta del vigilante:

- ¡Eh, buen hombre! ¿Necesita algo o busca a alguien?

Observó al que lo llamaba. Era un viejo de unos sesenta y cinco años, alto, delgado y calvo. Pero, pese a su edad, andaba erguido y parecía vigoroso.

- No lo sé –titubeó él.

- Entonces, márchese y cuando lo tenga claro, regrese, porque empiezo a pensar que es usted un ladrón.

- Un ladrón, ¿Yo? Imposible, señor. Sólo estaba observando la casa, pues me parece muy familiar.
- No me diga que vivía aquí y ya no se acuerda.
- Es posible
- ¿Qué quiere decir?
- ¿Me permite entrar?
- ¿Para qué?
- Quiero verificar alguna cosa de la que acabo de acordarme. Si yerro, entonces habrá sido una paramnesia.
- Entrégueme algún documento que lo identifique y decidiré si puede entrar o no.

Entregó su tarjeta y el anciano la examinó un rato, y después le abrió la puerta. Armando entró al jardín y se sintió embargado por un montón de recuerdos, eran más bien continuos flashes, y no conseguía construir una imagen coherente con todo aquello. Sabía perfectamente que pertenecía a una familia pobre. Por lo tanto, aquella no podía ser su casa; pero seguía viéndose sentado al final de la escalera y jugando con sus juguetes favoritos. Caminó derecho hacia el columpio que estaba atado entre los arbustos y se sentó en la base de uno de ellos, el de la derecha. Pidió una azadilla al anciano y este lo miró con extrañeza:

- ¿Para qué la necesita? –preguntó atónito.
- Usted démela simplemente y comprobaré lo acertados o errados que son mis recuerdos.
- Espéreme aquí –le dijo el viejo, mientras iba a por la azadilla.

En el cerebro del anciano comenzaron a surgir varias preguntas. Aquel hombre no le resultaba en absoluto familiar. No se parecía en nada al muchacho que había partido siete años atrás hacia la ciudad de Santa Bárbara a estudiar, a fin de dirigir la empresa de su abuelo. En la tarjeta de aquel hombre constaba que tenía cuarenta y tres años, y aquel muchacho tendría ahora treinta y seis. No podía ser él. Además, era imposible que alguien viajara a través del tiempo, y él había visto nacer a aquel muchacho, y había cuidado de él hasta que viajó. Entró en la despensa, cogió la azadilla y regresó donde estaba el hombre. Lo encontró de hinojos y escarbando el

suelo como un poseso, absorto en sus pensamientos. Le tocó el hombro y le entregó la herramienta. Este la cogió y siguió cavando sin mirarle. De pronto, topó con algo, dejó la azadilla y escarbó un poco más. Agarró una cosa y la sacó lentamente del barro: era una camioneta de bombero. Se sentó sobre la hierba y empezó a limpiarla cuidadosamente. El viejo se quedó estupefacto, no entendía nada.

- ¿Quién es usted?
- No lo sé –contestó él.
- ¿Cómo sabía que ahí estaba enterrada esta camioneta?
- No lo sabía. Solo quería comprobarlo y tampoco estaba seguro de si aquí encontraría algo. He seguido mi instinto.
- Entonces, explíquemelo o llamaré a la policía.
- Por favor, ¿Puede usted contarme lo que pasó con los dueños de esta casa?

El viejo le miró fijamente durante un rato y luego le preguntó:

- ¿Usted se acuerda de mí?
- No, señor, y... ¿Usted?
- Yo tampoco.
- ¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?
- Sí, prácticamente crecí aquí. Los dueños de la casa contrataron a mi padre cuando acababa de casarse con mi madre y yo nací aquí.
- Entonces, ¿Podría explicarme lo que pasó con la familia que vivió aquí hace pocos años?

El anciano lo observó y se encogió de hombros. Meditó un rato y luego se sentó junto él.

- ¿Tiene mucha prisa? Se lo pregunto porque es la hora de almorzar. Tengo mucha hambre y es una historia larga y triste.
- Tómese el tiempo que quiera, anciano, no tengo prisa.

- Mejor, acompáñame y se la cuento mientras almorzamos.

Entraron en la casa del anciano, la cual estaba construida de cemento, detrás de la mansión, y estaba constituida por dos dormitorios, un comedor, una cocina y un almacén donde se guardaban las herramientas de trabajo. Salió una jovencita a recibirles, les saludó y entró en la cocina. Ambos se sentaron a la mesa y degustaron la sabrosa comida que les sirvió. Armando estaba tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera reparó en lo que comía. Se diría que actuaba como un autómeta. Cuando acabaron, la muchacha retiró la mesa. Los dos hombres fueron a sentarse bajo una esbelta palmera y el viejo comenzó su relato:

Él había nacido y crecido en aquel magnífico jardín. Sus padres habían servido a los patriarcas de aquella familia y, cuando murieron, él continuó con el trabajo. Los últimos que vivieron ahí fueron Carlos Serrano y su esposa Maribel, quienes tuvieron un hijo al que llamaron Ángel. Este, cuando se hizo mayor, fue a estudiar al extranjero, consiguió un trabajo y luego se casó. A pesar de la insistencia de su padre para que viniera a hacerse cargo de la empresa familiar, Ángel decidió residir en el extranjero, dejando todo a cargo de su padre. La pareja de jóvenes tuvo un hijo al que llamó Carlos, al igual que el abuelo, y al que todos llamaban cariñosamente Carlitos. Ángel casi nunca visitaba a sus padres, que ya eran bastante viejos, y tampoco se interesó por los negocios de la familia. Cuatro años después falleció junto con su mujer en un accidente de tráfico, un accidente tonto, como llegó a describirlo la prensa. Al parecer, Ángel conducía ebrio con una velocidad excesiva cuando, en una curva, atropelló a un ciervo que cruzaba la carretera. Maniobró y aparcó en el carril contrario. Bajó del coche para comprobar si el ciervo estaba muerto, pues pertenecía a las especies protegidas por el Estado. Afortunadamente, el animal solo estaba herido y huyó cojeando. Ángel percibió la cercanía de un vehículo y corrió hacia su coche a fin de devolverlo a su carril; pero no tuvo tiempo para arrancar a causa de su nerviosismo y los gritos angustiosos de su mujer, y fueron embestidos por un camión de mudanza. El matrimonio murió al acto. Afortunadamente, Carlos estaba en su silla para niños y fue aquello lo que le salvó la vida. El niño fue reclamado por su abuelo y, desde entonces, vivió con ellos.

Carlitos era un niño melancólico y triste, pero también era listo. Realizó sus estudios primarios y secundarios en la capital, y su abuelo le fue instruyendo, desde niño, en las cuestiones de la empresa familiar, recordándole que de él dependía el futuro de la compañía. Por desgracia, las carreras que quería estudiar, Marketing y Dirección de Empresas, no se impartían en las universidades de la capital; por lo que tuvo que trasladarse a Santa Bárbara. Cuando se graduó en Marketing, regresó a la capital y se puso al frente de la empresa familiar, al tiempo que sugería a su abuelo que

se tomara un descanso, pues la abuela acababa de fallecer, y ambos disfrutaban los fines de semana.

Muy pronto acabaron las vacaciones y Carlos regresó a Santa Bárbara para cursar su último año en Dirección de Empresas. Uno de los alumnos finalistas se presentó como candidato para las elecciones legislativas, y comenzó a soliviantar a sus compañeros para que le apoyasen en su campaña, con lo que esta acabó en enfrentamientos con otros candidatos. Al final, fue excluido de las elecciones por su falta de madurez política y, como respuesta a aquello, instigó a los universitarios a declarar la huelga general, pues, según alegaba, el gobierno no quería que los estudiantes tuviesen un representante. Fue apoyado por muchos de ellos. Después fueron organizando sucesivas manifestaciones violentas, las cuales acabaron en enfrentamientos con la policía. Muchos de ellos fueron heridos, otros fueron detenidos y encarcelados, y algunos huyeron y se exiliaron. Carlos no participó en toda aquella patochada, pero estaba cerca observando en qué acabaría. Fue también golpeado violentamente por los policías y abandonado en la carretera, en medio de aquella confusión.

Una señora lo recogió y trasladó al Hospital de la Caridad. Por desgracia, no llevaba documentos y fue imposible identificarlo. Las heridas eran graves, sobre todo las del cráneo, y estuvo en coma durante cinco años.

Pasaron dos meses y nadie venía a reclamar al joven, razón por la cual las Hermanas de la Caridad mandaron su foto a los periódicos y a la televisión; pero, justo al día siguiente, se celebraba el Fiesta Nacional del Silencio de la Prensa, que consistía en archivar en un baúl del Ministerio de Prensa todas las noticias que habían sido entregadas dos días anteriores a la misma para publicarse en los medios de comunicación, en honor a todos los periodistas que morían abandonados o asesinados en todo el mundo. Según esa tradición, aquellas noticias se leerían al año siguiente durante el Día internacional de la Prensa. Así fue como la noticia no se publicó.

El abuelo de Carlos envió a su abogado a aquella ciudad para que investigara el paradero de su nieto; pero este, que saboreaba la gran fortuna que dejaría su cliente sin heredero, había ideado un plan para quedarse con la mitad de la misma. Él mismo redactó el testamento del viejo y escaneó en el papel su firma, dado que aquel no aprobaba ni siquiera una minuta sin antes haberla leído y comprendido debidamente. Se trasladó a Santa Bárbara solo para disimular y, una vez ahí, disfrutó de unas espléndidas vacaciones con el dinero que solicitaba periódicamente al viejo para llevar a cabo sus pesquisas. Semanalmente le informaba sobre sus supuestos avances.

Uno de los empleados de la empresa, que se había trasladado a aquella ciudad por cuestiones familiares, se topó con el abogado en una taberna. Este estaba borracho y acompañado de una linda damisela. Se saludaron mutuamente y tomaron juntos unas copas. Cuando se iba a marchar, preguntó al abogado si había averiguado algo sobre Carlitos, y este contestó que le importaba un pito su paradero. Solo aumentaba las ansias de su patrón mientras esperaba a que se muriera sin heredero. Él escribiría su testamento y se aseguraría una buena fortuna. Cuando el empleado regresó a la capital se lo contó todo al viejo.

Dos años después, el viejo dio por desaparecido a su nieto y modificó su testamento en el que entregaba la casa a una institución de beneficencia, las Hermanas de la Caridad, y la empresa se quedaba a cargo del subdirector, don Félix, el cual era un hombre de estatura baja, gordo, calvo y que llevaba unas gafas sujetadas con unos cordones. Tendría unos cuarenta y nueve años. Era muy serio y exigente en el trabajo, pero siempre esbozaba una sonrisa. Carlitos era el Director General de la empresa.

- ¿Se refiere a don Félix Lisardo?

- El mismo. ¿Lo conoce?

- Sí, es el subdirector de la sucursal en la que trabajo.

- Es verdad. Esa sucursal es lo que queda de “Cosméticos Serrano”, que, por cierto, ya no pertenece a esta familia. El edificio principal se vendió hace años para indemnizar a los empleados que despidieron cuando tuvieron que reducir el personal de la empresa.

“Mira por donde –pensó Armando–. Ahora trabajo en mi propia empresa, o lo que antaño lo fue”.

El sesenta por ciento de las ganancias pasarían a la institución de beneficencia, y el cuarenta por ciento serían para él. Al final, el viejo incluyó una cláusula en la que declaraba que, si aparecía su nieto, este podía modificar el testamento, quedándose con la casa y el sesenta por ciento de los beneficios y cediendo el cuarenta por ciento a la institución de beneficencia. No mencionó al abogado, a pesar de que lo quería como a un hijo, ya que este le había defraudado. Lo entregó al notario y siguió esperando el regreso de su nieto.

Cuando falleció el anciano cuatro meses después, el abogado se presentó enseguida en la notaría con el supuesto testamento del mismo. El notario, que estaba al

tanto de aquella treta, le tomó los datos, hizo una copia del testamento y se la entregó al abogado, quedándose con el original para analizarlo a fin de verificar su autenticidad, cosa que el abogado estimó impertinente, dado que él era quien llevaba las cuestiones legales del difunto.

Una semana después, el abogado fue convocado a la lectura del testamento. Se puso su mejor traje y prometió a su mujer que sus vidas darían un gran giro a partir de aquel día. Ella estaba feliz y llena de esperanzas. Al evento asistieron también la directora de la institución de la caridad, el subdirector de la empresa y el fiscal. Cuando el notario acabó de leer el testamento, el abogado comenzó a protestar y amenazó con impugnarlo. Entonces el notario le llamó al estrado junto con el fiscal, le mostró el testamento que él le había entregado y juntos lo compararon con el que le entregó el finado y otros documentos manuscritos. El fiscal comprobó que las letras eran muy diferentes y mandó encerrar al abogado. Su mujer recibió un buen disgusto.

La empresa quebró un año después debido al fracaso de las gestiones del subdirector; ya que las inversiones que llevó a cabo en otras pequeñas empresas no prosperaron y no pudo recuperar el dinero. Una parte de lo que quedaba se gastó en tribunales y abogados por las demandas que formuló contra sus deudores, las cuales tampoco prosperaron, y la otra fue utilizada para mantener la empresa a flote durante un año, hasta que fue comprada por una gran corporación que acababa de surgir, y que pronto se convirtió en la número uno en ese sector.

“Tres años después –pensó Armando–, Carlos despertó sin memoria en un hospital de aquella ciudad y, en vista de que nadie lo conocía ni reconoció a pariente alguno, lo cual era natural, se impuso el nombre de Frank y se construyó una nueva vida, que en pocos años acabó en una tragedia en otro hospital de la misma institución; por eso todo le pareció tan confuso”.

Ahora lo entendía. Pero, ¿Por qué su mujer y sus suegros no fueron a buscarlo? ¿Qué habría pasado con ellos? Sus dos personalidades estaban casadas y fueron abandonadas, por eso estaba solo en todos los sentidos. ¿Cómo debía sentirse? Lo único que tenía claro es que Frank se casó con una tal Claudia, cuyo apellido no recordaba. Ahora que lo sabía e iba a viajar precisamente a la ciudad en que vivió Frank, podría averiguar lo que pasó con su familia.

Eran casi las seis de la tarde cuando el viejo concluyó su relato. Armando estaba muy pensativo y después preguntó:

- ¿Puedo entrar en la casa? ¿Todavía conserva algunas fotos de Carlitos y de sus abuelos?

- ¡Claro que sí! Esta casa se ha convertido en un hospicio para todas las edades y sexos. Se ha reformado y adecuado para este fin. Únicamente se ha conservado un cuarto, que constituye una parte del dormitorio de don Carlos. Ahí se conservan todas las fotos y reliquias de los antiguos dueños, tal y como lo estipuló el anciano. Aquello se conservaba como un museo que serviría para Carlitos si necesitaba reclamar su herencia. El viejo nunca perdió las esperanzas de que su nieto regresaría.

- Perfecto. Me gustaría ver esas fotos.

- Aún no me ha dicho quién es usted

- Lo sé. Muéstreme las fotos y las reliquias y, si es lo que pienso, yo también le contaré una pequeña historia.

- Está bien. Espéreme un rato. El cuarto está dentro del despacho de la directora como si fuera un trastero o caja fuerte. Voy a por la llave.

El viejo trajo las llaves y ambos entraron en la casa. Apenas entró Armando, se vio otra vez, de niño, deslizándose por los pasamanos de la escalera principal. No hizo falta que visitara la casa, la recordaba perfectamente. Se dirigió directamente hacia el cuarto de su abuelo. El hombre lo contemplaba sorprendido. Se detuvieron ante la puerta y el viejo la abrió. Después sacó uno de los libros que estaba en la estantería y una pared cedió, dejando al descubierto una puerta. El hombre la abrió y ambos entraron. Armando se quedó de piedra, reconocía a todas las personas que estaban en las fotos, pues su abuelo le había hecho memorizar los nombres de sus antepasados. La única foto que cogió entre sus manos era la más grande que encontró al fondo de la estancia. En ella estaban los abuelos y Carlitos. Debajo del retrato estaba escrito: “Carlos y Carlos Jr.”. La observó durante largo rato y recordó el día que la hicieron. Era justo el día anterior a su partida a la universidad. Una lágrima descendió por su mejilla. Él era Carlitos, mejor dicho, Frank era en realidad Carlos Serrano Jr.

- ¿Cree usted en la reencarnación?

- ¿Qué pretende decirme con eso? –se encolerizó el viejo—. No me cuente milongas. Váyase a otro con ese cuento. En fin, ¿ha visto lo que quería? Pues, discúlpeme porque tengo otras cosas más importantes que hacer.

Salieron de la estancia y descendieron las escaleras. Armando no podía demostrar que él era Carlitos ni reclamar su herencia, puesto que estaba oficialmente muerto. No se parecía en nada al chico de la foto ni tenía su edad. Se alegró de que su herencia estuviera en buenas manos y que él se hubiera beneficiado de ella de algún modo. Cuando llegaron a la puerta principal, el anciano le preguntó:

- ¿Qué historia quería usted contarme?

- Nada. Solo quería que sepa que yo conocí a Carlitos. Lo perdí de vista tras el incidente de la manifestación. Yo también sufrí las agresiones y perdí la memoria, y gracias a usted hoy he vuelto a encontrarme. ¿Cómo se llama usted?

- Soy Pedro a secas y siento lo que le pasó.

- Yo también lo siento. Gracias por todo y salude a su hija de mi parte.

- No es mi hija. Es un alma caritativa que me está ayudando a sobrellevar mi ancianidad.

- Gracias otra vez, don Pedro. Usted ha encendido un gran foco de luz en el oscuro túnel que llevo atravesando durante años.

- No le entiendo, lo siento.

- No se preocupe, buen hombre, simplemente piense que hoy ha salvado a muchas personas. Quédese con Dios.

Armando salió de aquella casa sintiéndose como si hubiese pasado por una máquina de reciclaje. Por fin conocía las historias de sus dos vidas y existía una única ruta que llevaba al mismo destino: Santa Bárbara. A partir de ese momento tendría que ir allí hasta solucionar el dilema: encontrar a su otra familia. No visitaría la tumba de Frank por ahora, no vaya a ser que vinieran a por él pensando que había concluido su misión.

Paula estaba muy preocupada. Temía que su padre se hubiera perdido por la ciudad. Cuando lo vieron entrar, todos respiraron aliviados. Marta se subió a sus rodillas y le pidió que les contara dónde se había metido. Él les habló de su viaje a Santa Bárbara, de la duración del mismo y del encargo que le habían encomendado.

6

Las Hermanas de la Caridad constituían la institución de beneficencia más grande del país. Al principio se habían encargado de los enfermos, por lo que construyeron dos hospitales: uno en Santa Bárbara y el otro en la capital. Ambos fueron obra del mismo arquitecto, el señor Peter Sombra, y tenían idéntica estructura, tanto externa como interna, según le sugirió Carmela Palacios, la directora de la institución. Ahí llevaban a los enfermos que no podían pagarse sus gastos en otros hospitales. Además, por las mañanas y por las tardes daban de comer a los mendigos, lisiados, vagabundos, etc. Tenían preferencia por las enfermeras jóvenes y morenas a la hora de contratar al personal y, en cierto sentido, casi todas se parecían.

Los ciudadanos de la capital apreciaban la labor de las Hermanas y siempre había benefactores que contribuían de diferentes maneras en aquella causa. Por eso, el anciano Carlos donó su casa y parte de sus bienes a aquella institución, evitando que su fortuna cayera en manos extrañas, y las Hermanas transformaron la casa en un orfanato. Si hubiese sabido que cuidaron de su nieto Carlitos o Frank durante diez años no habría estado tan desesperado.

El vuelo a Santa Bárbara duró cuarenta y cinco minutos. Era la segunda ciudad más importante del país, después de la capital. Estaba situada en una isla a unas doscientas millas (370.4km) de la capital. A pocos kilómetros de ella había otras dos islas: Los Palomos y Miramar. En el aeropuerto le esperaba una persona que lo trasladó a la sede de la empresa. Era un edificio de diez plantas. La parte exterior estaba recubierta con baldosas bien decoradas. A él le parecía familiar, sobre todo, por el lugar en el que estaba enclavado. Poco después se dio cuenta que era la sede de su antigua empresa: Cosméticos S.L., solo que el anterior edificio tenía una sola planta. La recepción y las oficinas seguían en el mismo sitio que antes. Reconoció su antiguo despacho, que ahora se había ampliado y convertido en la cantina. Posteriormente habían añadido nueve pisos más y lo habían convertido en un edificio moderno cambiando el nombre por el de “Cosméticos Silver & Co.” Preguntó por el nombre del dueño y le dijeron que era Paul Sebastien y que la empresa había comprado las acciones de muchas otras, llegando a anexionar completamente a algunas compañías o empresas en declive.

Se dirigió a la sección de Recursos Humanos y presentó la lista de materiales que venía a recoger. La directora le dijo que esperase un rato. Llamó por el interfono y vino un joven que lo condujo al almacén, donde lo esperaba el encargado. Le

presentó la lista y este le dijo que en tres días estaría todo preparado, pero que tenía que presentarse al día siguiente en la Administración, en la novena planta, para formalizar el pedido. Abandonó la empresa y alquiló una habitación en un hotel lujoso no muy lejos de ahí.

Al día siguiente, se presentó a las nueve y media en la sección administrativa. Ahí le atendió un hombre alto y rubio, con barba, y que se mostró simpático. Armando reconoció aquel rostro. Le parecía haberlo visto antes en otra parte, pero con la expresión más irritada y los ojos inyectados en sangre. No recordaba dónde:

- Buenas –le saludó el hombre–. Es usted don Armando Crespo, ¿verdad?

- Sí ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

- Soy Andrés Sewell, el administrador de la empresa, y supongo que usted proviene de nuestra sucursal de la capital.

- Así es. Mucho gusto. No se ofenda, pero su rostro me parece familiar ¿Lleva mucho tiempo trabajando en esta empresa?

- Seis años y medio. En cambio, a usted no lo conozco.

- Es posible, pero me parece haberlo visto en alguna parte, ¿Será en la capital, tal vez?

- Tal vez –respondió Andrés–. Como verá, nuestra empresa se ha expandido y en ocasiones tengo que visitar algunas de las compañías o agencias que hemos anexionado. Simple formalidad.

- Será por eso. Llevo más de diez años trabajando en mi oficina de la capital, y es posible que nos hayamos cruzado alguna vez.

- Quizás –contestó mientras le extendía a Armando un formulario–. Rellene esto. Es una formalidad.

El hombre observó detenidamente a Armando durante largo rato, intentando recordar su rostro, y concluyó que nunca lo había visto en ninguna parte; en consecuencia, se encogió de hombros.

Cuando Armando concluyó, se despidió cortésmente de él y se dirigió al hotel, donde trató de recordar dónde había conocido a Andrés. Lo pensó durante casi media hora y concluyó que jamás lo había visto antes. Sin embargo, una voz interna

le repetía que lo conocía. Era inaudito. Se acostó un rato. Despertó tres horas después y fue a comer al restaurante del hotel. Poco después paseó por la ciudad sin rumbo fijo hasta que se encontró ante el Hospital de la Caridad. El edificio le resultó tan conocido que casi llega a confundirse creyendo que estaba de nuevo en la capital. Lo único que diferenciaba a ambos hospitales era el barrio en el que este estaba enclavado. Las estructuras eran idénticas. Él no necesitaba entrar para comprobarlo.

“Cuando Carlitos fue agredido por aquellos rufianes en la capital—pensó Armando—, fue ingresado en el Hospital Principal, y más tarde lo trasladaron al Hospital de la Caridad, donde se despertó cinco años después gracias a los efectos de la morfina y murió creyendo que estaba en Santa Bárbara y que su vida anterior había sido sólo un sueño”.

Se sentó ante él tratando de recordar por qué estaba ahí y, de pronto, visualizó unas imágenes, al principio borrosas y luego cada vez más claras: tres hombres golpeando a otro. Hizo un enorme esfuerzo para ver sus caras y lo consiguió; pero, para sorpresa suya, uno de ellos era Andrés, el administrador, y el agredido era él, o sea, Frank. Ahora lo entendía: Andrés fue uno de los hombres que le agredieron y causaron su posterior muerte. Lo único que no entendía era qué estaba haciendo en la empresa; cómo había llegado a ser administrador y qué relación tendría aquello con su agresión. Llevaba seis años y medio trabajando en ese puesto y habían pasado dos años y ocho meses desde la muerte de Frank y, por lo tanto, siete años desde su agresión. Tenía que aclarar aquel misterio.

Le dio las gracias a aquel edificio por ayudarlo a recordar, se levantó y se dirigió a la periferia. Tenía que encontrar la casa en la que vivió Frank antes de casarse con Claudia. Tal vez ahí podrían facilitarle alguna información sobre ambos o, por lo menos, alguien podría decirle su apellido, a fin de que él pudiera encontrar a la mujer o a su familia. Paseó por la ciudad hasta el anochecer, pero, por desgracia, no encontró ningún barrio que le resultara familiar. Finalmente, regresó al hotel y descansó un rato. Tenía dos días por delante y podía organizarse. Al tercer día registraría el material que iba a transportar a la capital, por la noche se entrevistaría con Andrés para aclarar las cosas y, al día siguiente, zarparía muy temprano. Cenó y se acostó.

Se despertó de madrugada, sudoroso y muy agitado. Tenía los ojos llorosos y parecía que no había dormido en toda la noche, y así era, pues había soñado repetidas veces con los agresores de Frank. Esta vez vio claramente sus rostros, gracias al destello de los faros de un auto que pasó veloz muy cerca de ahí, y a un vecino que había

encendido las luces de su balcón, alarmado por el alboroto que causaba la pelea. Aquello fue lo que puso en fuga a los agresores. Sin embargo, nadie salió fuera para ayudarlo, porque tenían miedo a ser agredidos también.

Al amanecer tomó un café y unas galletas y comenzó a trazar un plan para ajustarles las cuentas a sus agresores. Estaba casi seguro de que los encontraría a todos en la empresa, dado que ahí había encontrado al primero, y les arrebataría una confesión a cualquier precio. Empezaba a pensar que su muerte podría haber sido un homicidio planeado por alguien y debía descubrir al autor intelectual del mismo y conocer la causa. Por desgracia, no podía acudir a la policía porque no tenía pruebas, aparte de que lo tomarían por loco. Aunque era posible que algunas personas hubieran conocido a Frank, nadie sabía lo que le sucedió en la capital, y él desconocía la trama de su agresión. Tenía que empezar por el primer sospechoso y, a través de él, llegaría a los demás. Se dirigió a la empresa e intentó sacar a algunos trabajadores información acerca del administrador, obteniendo respuestas satisfactorias, dado que muchos de ellos conocían la agencia que él representaba y pensaron que estaban colaborando en una encuesta.

Andrés era de procedencia desconocida. Se presentó en la empresa como mensajero del Director General y, poco después de la desaparición del socio de este, obtuvo el puesto de administrador sin haber postulado al mismo; lo que supuso el despido del anterior sin ningún motivo aparente. Este hecho provocó cierta indignación entre los trabajadores.

Elegió un restaurante cercano a la empresa y se sentó a esperarlo. Le sirvieron la merienda. Después de comer pidió una taza de chocolate caliente, lo cual extrañó a la camarera, y la fue tomando lentamente mientras leía el periódico.

A las cinco y media salió Andrés del edificio, se subió a su auto, un Mercedes, y se dirigió a su casa. Armando lo siguió en un taxi. Cuando llegó, se apeó del vehículo y entró en el edificio. Era un inmueble de tres plantas y en cada una había ocho apartamentos lujosos. Se dirigió a la recepción, preguntó en qué apartamento se alojaba Andrés y se lo dijeron. Luego se marchó. Al recepcionista le pareció muy extraño aquello, pero se encogió de hombros. Armando fue a una floristería y encargó un ramo de flores con una nota provocativa en la cual citaba a Andrés a las ocho de la tarde en un edificio en construcción que vio cerca del muelle. Firmó con el nombre de “una admiradora tuya”. Le dijo a la encargada que llevase el pedido al apartamento del interesado al día siguiente a las seis de la tarde y pagó la cuenta con un nombre falso. Se dirigió al edificio en cuestión y dispuso un par de cosas para darle la bienvenida. Al salir de ahí, se tomó una taza de café y unas empanadas

en una cafetería cercana y se dirigió a su hotel.

Al tercer día, fue temprano a registrar los materiales que debía llevar. Los transportó al buque de carga de la empresa “El navegante” y los colocó en el lugar debido. Después visitó algunas tiendas y compró cosas para sus hijos. Al mediodía, comió en un restaurante y pasó el resto de la tarde tumbado en una hamaca cerca de la piscina leyendo un libro. Necesitaba reposar pues estaba muy agitado por los acontecimientos a los que iba a enfrentarse aquella tarde.

Al atardecer, tomó un helado. Le sudaban las manos por la impaciencia y el lento transcurrir del tiempo. Se dirigió al edificio a las ocho menos veinticinco a asegurarse de que todo estaba bien y esperó a su invitado.

Andrés no podía imaginarse a la remitente de aquella nota. Las flores eran preciosas y la nota prometía una tarde agradable. Aquello despertaba extraños sentimientos en él. Creía que el mundo estaba mejorando, dado que las mujeres ya enviaban notas y flores a los hombres. Eso compensaba el esfuerzo masculino de varios siglos. Se atavió con un pantalón vaquero, una camiseta elegante y los mejores zapatos que tenía. Conocía el mito de la primera impresión y quería granjearse la aprobación de la supuesta admiradora. Decidió ir a pie, dado que el lugar de la cita no estaba lejos. Hacía siglos que no paseaba por ninguna parte a causa de su trabajo. Antes había llevado una vida dudosa, pero ahora era un hombre importante. Ya era hora de construir una familia a fin de que su legado no se perdiese.

A las ocho menos diez se plantó ante la entrada de aquel edificio, a la espera de la chica. Transcurrieron quince minutos y nadie aparecía. Comenzó a impacientarse, dio vueltas de izquierda a derecha durante otros diez minutos y empezó a pensar que le habían tomado el pelo. Ya se marchaba cuando oyó que alguien lo llamaba desde dentro. Se volvió y vio a Armando llamándolo desde la ventana de la segunda planta.

- ¿Qué haces aquí? –le preguntó Armando.

- Vine a una cita. Al parecer tengo una admiradora. Pero me ha dejado plantado. ¿Y usted?

- Nada, suelo venir aquí a contemplar el mar todas las noches. Esta ciudad es muy grande y desconocida para mí. Aquí se respira mucha paz. Trátame de tú, hombre. ¿Sabes cómo se llama la chica que te citó?

- No lo sé. La nota no lo ponía. Es inaudito. ¿Contra quién voy a descargar mi ira

mañana?, ¿No me habrás citado tú, verdad?

- ¿No me estarás confundiendo con una chica, verdad? Tampoco soy lo que piensas –respondió Armando riéndose–. Sube acá, así dispersas tu ira. Además, me interesa saber ciertas cosas sobre la empresa y, ya que estás aquí, puedo preguntártelas.

- Se acabó la jornada laboral, ¿Todavía no te has dado cuenta?

- Claro que sí. Hoy estabas ocupado cuando fui a retirar los materiales a la empresa y zarpo mañana temprano. Esta es mi oportunidad. Fíjate, llevo tres días aquí y no he cruzado tres palabras amistosas con nadie. Vamos, hombre, sube. Aquí el panorama se ve mucho mejor.

- Está bien. Así me despejaré un poco. Yo nunca le di importancia a estas cosas.

Entró en el edificio y subió los peldaños con parsimonia. Su espíritu callejero le hacía desconfiar de aquel edificio en obras. Cuando llegó a la segunda planta, el suelo cedió bajo sus pies y recibió un golpe en la cabeza, su pie derecho se enganchó a una cuerda, la cual le arrastró fuera del edificio y lo elevó hasta la quinta planta, manteniéndolo colgado, boca abajo, mientras sentía que la sangre se le subía a la cabeza. Había caído en una trampa. Armando subió por las escaleras hasta alcanzarle. Lo encontró aturdido por el golpe y balanceándose en el aire. Esperó a que se recuperase.

- ¿Qué ha pasado? –preguntó al recobrar el sentido.

- Te has resbalado y has venido a parar aquí –le respondió Armando–. Me alegra que me hagas compañía porque tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

- Tú y yo no tenemos nada que decirnos. No te conozco. Sácame de aquí.

- Es verdad. Yo tampoco te conozco, pero ambos hemos compartido momentos interesantes.

- Fuiste tú quien me envió la nota, ¿verdad? Debí suponerlo. Me has tendido una trampa.

- Sí. Necesito que me hables de tu relación con Frank Enstein.

- No sé de qué me hablas. No conozco a esa persona.

- ¿En serio? Te refrescaré la memoria: hace siete años, en un callejón de la capital,

dos hombres y tú agredisteis a un joven y casi lo matáis.

- Te equivocas de persona. Yo no estuve ahí.

- No sé si te has fijado en la altura a la que te encuentras. Si sigues negándolo voy a desatar la cuerda.

- Está bien. Aquello fue un encargo.

- ¿De quién?

- No voy a decirte ni una sola palabra más.

- Vale. Entonces ahorraré tiempo dejándote caer y luego buscaré a tus colegas. ¿Cómo has hecho para ser el administrador de la empresa de Paul y Frank?

- Fue Paul quien nos mandó eliminar a su socio para quedarse con la empresa. Teníamos que acabar con él, pero alguien nos obligó a escapar antes de concluir el trabajo.

- ¿Cómo se llaman tus socios?

- Eso jamás lo sabrás. Además, ¿Quién eres tú y cómo sabes lo de Frank?

- Tú tampoco lo sabrás jamás –le respondió Armando, y desató la cuerda.

El hombre cayó desde lo alto y quedó tendido en el suelo. Él bajó, le desató la pierna, enrolló la cuerda y la tiró entre un montón de chatarra que se encontraba cerca del muelle. Caminó durante varias horas sin rumbo fijo, afectado por la noticia que acababa de recibir. Le parecía increíble que fuera cierto; pero Andrés había confesado. Llegó a su hotel a medianoche. A la mañana siguiente, la policía certificó aquella muerte como un suicidio, aunque abrió una investigación al respecto.

Entretanto, Armando había embarcado hacia la capital. Al parecer, el transporte en barco de los materiales era menos costoso y más fácil que en avión. En el barco habló con cuantos pasajeros pudo. Estaba nervioso y necesitaba distraerse para no pensar. Ahí también conoció a algunos subdirectores de otras agencias anexionadas por Silver & Co., y trabó amistades. Entre ellos hubo uno que le llamó la atención. Era un hombre alto y delgado; tenía una mirada escudriñadora y parecía antipático. En otra época, cualquiera le tomaría por un pirata. Se le veía alicaído. Armando se le acercó y le preguntó su nombre.

- Soy Mauricio Cantera, el contraamaestre de este barco. ¿Necesita algo?

- No. Solo quería saber si le pasaba algo. Le veo muy triste.

- Métase en sus asuntos. Lo que me pase a nadie le importa.

- Vamos, hombre, no se pierde nada compartiendo una pena con un desconocido.

- Depende. A veces sí, si la compartimos con la persona equivocada.

- Discúlpeme, solo quería parecer simpático –dijo Armando, e hizo el ademán de marcharse.

- Discúlpeme usted –dijo el otro, suspirando–. Acaba de morir mi colega. Se ha suicidado anoche, según dicen. Pero lo extraño es que hablamos ayer al mediodía y estaba muy animado.

- Le acompaño en el dolor. La vida es un misterio y sus avatares más extraños todavía. Si le parece, podemos tomarnos unas copas en su honor.

Entraron en el bar a tomarse un par de copas, a las que se sumaron otras hasta vaciar la botella. El otro estaba borracho y Armando lo acompañó a su camarote. Lo acostó en su cama y, cuando estaba a punto de marcharse, descubrió una foto sobre la mesita en la que se encontraban tres hombres elegantemente vestidos. La observó detenidamente y se cercioró que eran sus tres agresores. Después abandonó aquel cuarto, subió a la cubierta y se puso a meditar sobre la traición que había sufrido a manos de su mejor amigo, Paul. No podía encargarse aquella noche de Mauricio, porque este estaba borracho y deprimido y no se enteraría de nada. Todos los habían visto juntos y sería demasiada casualidad que murieran dos individuos a la vez con los que se supone que había trabado contacto durante su presencia en aquella ciudad. Regresaría en otra ocasión y se encargaría de él.

Llegó a la capital al amanecer. Ahí le esperaban los camiones de transporte, los cuales transportaron la carga al almacén. Armando estaba exhausto y pidió el día libre para dedicarlo a su familia.

Los niños estaban contentos de tenerle de vuelta. A pesar de que les llamaba todos los días mientras estuvo ausente, estos le extrañaban muchísimo. Unos días después, habló con unos médicos especialistas para que revisaran el caso de Paula y quedaron en convocarla dentro de una semana para someterla a análisis más profundos. Él no perdía la esperanza de que su hija volviera a caminar y llevara una vida normal

como cualquier adolescente.

Los días transcurrían con rapidez. Se enteró de que el Director General se reuniría con los subdirectores de todas las agencias y pidió un permiso de dos días para llevar a Paula a hacerse un chequeo; pero, en realidad, los aprovechó para ir a Santa Bárbara a fin de continuar sus pesquisas y, sobre todo, conocer personalmente a Paul.

7

Tomó el primer vuelo de la mañana. Reservó un cuarto en otro hotel para no llamar la atención y fue a vigilarlo cerca de la empresa. A las nueve y media llegó una limusina de color negro. De ella se apeó un hombre alto y corpulento. Tenía los cabellos rubios y revueltos y vestía de manera peculiar. Cualquiera lo tomaría por un mafioso de los suburbios. Llevaba un maletín de color marrón. Sus facciones coincidían con el tercer hombre de la foto. Abrió la puerta trasera y, lentamente, descendió un hombre de mediana estatura. Vestía un traje gris llamativo, una camisa azul marino a rayas y una corbata azul oscuro. Era moreno, pero aparecían mechones de pelo rubio en sus cabellos. Sus ojos eran castaños. Al verlo, Armando sintió una punzada en su pecho. Estaba seguro de que aquel era su ex mejor amigo, que le traicionó por ambición.

El hombre entró en la empresa y Armando se dirigió al muelle en busca de información sobre el buque de carga. Afortunadamente, este zarpaba aquella misma noche sin pasajeros. Tuvo que reducir su viaje a un solo día, pues no quería perderse aquel viaje.

Al mediodía se fue al supermercado a comprar embutidos para la noche, ya que viajaría de incógnito, y después compró un par de cosas para sus hijos. En la caja se encontró con un señor que daba prisa a la dependienta, pues su familia lo esperaba en el coche. Aquel rostro le llamó la atención, pero no lo recordaba. No le era fácil compaginar los recuerdos de Frank y los suyos. Por eso no se atrevió a trabar una conversación.

El hombre salió apresuradamente del local, Armando lo siguió en cuanto le

atendieron y le encontró depositando los víveres en una camioneta, una Chevrolet roja y gris. En el coche había una mujer de pelo negro y rizado. Eran Martín y su esposa. Caminó lo más deprisa posible para alcanzarlos, pero el coche partió veloz. Tomó un taxi y le pidió que siguiese aquel auto hasta donde se detuviese. Recorrieron varios kilómetros y llegaron a un colegio. La pareja descendió del vehículo y entró en el centro escolar. Media hora después salía con dos adolescentes casi idénticos.

“Rudy y Dolph –pensó Armando–. ¡Cuánto han crecido! Llevo tanto tiempo muerto que no me he enterado del paso del tiempo”.

Bajó del coche y fue a saludarlos, movido por la emoción de volver a verlos.

- Don Martín, ¿cómo está? –preguntó sonriente.

- Disculpe, no le conozco –respondió aquel, observándolo detenidamente.

Entonces se percató de que había metido la pata al no controlar sus emociones y se disculpó.

- Perdone, soy un viejo amigo de Frank, su yerno. Hace años que no lo veo; por eso acudí a ustedes en busca de información. Me llamo Armando Crespo. Frank me habló mucho de usted.

- ¿Un amigo de Frank, dice? –se extrañó Martín–. Solo conocía a Paul. Frank nunca le mencionó. De todos modos, hace siete años que desapareció sin dejar rastro.

- ¿Sabe qué le ocurrió? ¿Qué hay de su hija?

- No lo sé. Simplemente se esfumó. Supongo que fue de manera involuntaria. Mi hija murió en un accidente aéreo cuando iba a buscarlo a la capital y de Paul no he vuelto a saber nada después del entierro de mi hija. No obstante, les hemos preparado dos tumbas, y, si me disculpa, tengo una cita en la notaría dentro de una hora.

- ¿Puedo saber por qué? Tal vez pueda ayudarle en algo.

- Se trata de la casa que compraron mi hija y Frank. El banco acaba de embargarla. La casa está patas arriba y no aparecen las escrituras. No sé si habían terminado de pagarla, y Paul no responde a mis llamadas. ¿Puedo irme ya? Debo llevar a mi familia a casa.

- Claro que sí. Perdona la molestia. ¿Le importa si le acompaño hasta su casa? Me gustaría poder visitarles alguna vez.

- Como quiera –dijo Martín.

Fue con ellos hasta su pueblo. Los acompañó hasta la puerta de su casa, se despidió y regresó a la ciudad. Le pareció extraño que los gemelos no dijeran nada en todo aquel tiempo. Estaban taciturnos. Tal vez seguían afectados por la pérdida de su hermana y su cuñado. Lo que él no entendía era por qué el banco había embargado la casa. Le constaba que había terminado de pagarla y había guardado las letras en la caja fuerte de su despacho. Quizás estaban a salvo todavía.

Eran las siete y media cuando comenzó el embarque de materiales. Armando se coló entre la tripulación, vestido como ellos. Entró en la bodega y se escondió. Seis horas después estaban en alta mar, la mayoría de la tripulación dormía, otros estaban borrachos y solo había tres personas montando la guardia: el vigía, el timonel y el revisor. Se dirigió al camarote de Mauricio, le puso un esparadrapo en la boca y le ató las manos y los pies con cinta adhesiva. Este se despertó asustado, estaba borracho. Al parecer, bebía constantemente desde que murió su colega. Lo llevó a la bodega, cerró la puerta y le interrogó sobre su relación con los tipos que aparecían en la foto. Él lo negó todo al principio. Entonces, abrió la compuerta del ancla y amenazó con tirarlo al mar y este confesó que fue Paul quien les contrató para eliminar a Frank a fin de quedarse con todo: la empresa, su chalet, sus acciones, etc.

- Y vosotros, ¿qué habéis sacado a cambio?

- Podíamos pedir lo que quisiéramos –contestó aquel—. Por eso estoy aquí y los demás en sus correspondientes puestos. No habrás tenido nada que ver con la muerte de Andrés, ¿Verdad?

- ¿Qué quieres que te diga? Todo lo que hacemos tiene su causa y su consecuencia, y las malas acciones siempre reciben su castigo, de manera directa o indirecta.

- ¿Quién eres tú y de qué conocías a Frank?

- No sabría cómo explicártelo. Sólo puedo decirte que he sido enviado para cobrar sus deudas.

- Te encontrarán. No te saldrás con la tuya, seas quien seas.

- Estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, me preocuparé de que me atrapen

después de haberme encargado de gente tan ruin como tú, capaces de asesinar a otras personas con tal de lograr sus objetivos.

Dicho esto, le soltó las manos y lo arrojó al mar. Empezó a chapotear, tratando desesperadamente de mantenerse a flote.

- Eres un marinero. Podrás aguantar hasta el amanecer, sólo faltan dos horas. Seguro que verás pasar algún barco que te salvará.

- ¡No sé nadar! ¡No sé nadar! –gritaba mientras tragaba sorbos de agua salada.

- Peor para ti. Debiste escoger un puesto de trabajo en tierra firme. Todavía estás a tiempo para ser el subdirector de alguna agencia. Díselo mañana a Paul.

El hombre gritó con todas sus fuerzas; pero nadie le oyó, pues en el bar había música y los borrachos armaban jaleo. Se hundió como el plomo. Armando le contempló con lástima, mientras pensaba que la ambición humana no tiene límites y que muchas veces pretendemos cosas difíciles, sin tener en cuenta nuestras capacidades. Regresó a su escondite y esperó despierto a que se acercaran al puerto. Eran las cinco de la mañana cuando atracaron. Se deslizó agarrado al ancla y descendió a tierra, perdiéndose entre los bultos y contenedores que estaban almacenados a la espera de ser embarcados.

Llegó a su casa y se acostó. Tenía el día libre, pues se suponía que regresaría al día siguiente. Lo que no se esperaba es que se encontraría con su mujer en la cama.

- ¿Qué haces aquí? –le preguntó.

- Esta es mi casa –contestó ella—. ¿Acaso lo has olvidado?

- Claro que sí. Dejé de ser tu casa el mismo día en el que nos abandonaste sabiendo que yo estaba enfermo, Paula en cama y que los niños no podían valerse por sí mismos.

- Cometí un error y ya he pagado por él. He vuelto para pedirte perdón. Quiero recuperar a mi familia.

- Claro que cometiste un error, pero todavía no has pagado por él. En cuanto a mí, no pienso perdonarte. Habla con tus hijos. Si ellos lo hacen, tal vez puedas venir a visitarlos de vez en cuando.

- Lo siento, Armando. Me arrepiento de lo que hice.

- Yo también lo siento, y no me arrepiento de lo que estoy haciendo ahora. Sal de mi casa. ¡Ahora! Puedes volver más tarde para hablar con ellos. Quiero descansar.

Ella salió de la casa. No sabía adónde ir, pues sus padres habían renegado de ella cuando se enteraron que huyó con su amante, abandonando a su marido y a sus tres hijos. En realidad, había regresado solo porque estaba harta de dormir sola, mientras Sergio se iba de parranda con otras amantes y regresaba dos o tres días después, alegando que le había dejado dinero suficiente para sus caprichos y que ella no tenía razones para quejarse. Ella esperaba que él cambiara; pero él tenía claro que no pertenecía a ninguna mujer y por eso no era fiel a ninguna.

El encuentro con sus hijos no fue como ella esperaba. Paula se mostró intransigente. Estaba resentida por todo lo que había tenido que asumir sola, a pesar de su situación; a Teodoro le resultaba indiferente todo aquel embrollo; en cambio, Marta estaba feliz porque había recuperado a su madre. La balanza se desequilibraba en contra de Cristina, y tuvo que alquilar una habitación en una zona cercana y tratar de recuperar la confianza de sus hijos.

Paula fue sometida a un duro tratamiento. Sufría por todo aquello, pero la enfermedad empezaba a ceder. Pudo ponerse en pie en dos semanas, gracias a las muletas que le dieron los médicos. Armando se quedó al lado de su hija disfrutando al verla progresar lentamente. Sabía que tenía que regresar una vez más a Santa Bárbara a saldar las cuentas de Frank. Sin embargo, dudaba de los resultados de su viaje, así que acompañó a su hija en su tratamiento hasta verla caminar.

En la sucursal todo iba bien. El subdirector estaba preparando su prejubilación y había dispuesto todo para que Armando lo sustituyera, ya que era el empleado más antiguo de aquella pequeña empresa y había demostrado que poseía la competencia suficiente para sacarla adelante. Armando estaba alegre y triste a la vez; ya que sabía que aquello era imposible, pues no formaba parte de su misión.

Por otro lado, Paul estaba muy nervioso. Habían asesinado a dos de sus hombres de confianza en menos de quince días. No se imaginaba quién podría ser, y desconocía la información que podrían haber transmitido a su verdugo. Tenía claro que no podía ser una casualidad que murieran precisamente los hombres que contrató para asesinar a Frank. Ya habían pasado siete años de aquel incidente y no comprendía qué había cambiado ahora, o por qué aquel asesino había esperado tanto tiempo para comenzar su venganza. ¿Tal vez Frank no había muerto y ahora ajustaba cuentas con sus agresores? Entonces él también estaba expuesto. De todos modos, no podía ser Frank, pues habría reclamado su chalet y su parte del negocio. Ordenó

a Fermín, su guardaespaldas, que estuviese al tanto de cualquier irregularidad en la empresa. Él no se dejaría ver durante un tiempo hasta que pasara el peligro. Puso a otros empleados en los puestos vacantes y se encerró en su mansión. Se sentía satisfecho, en cierto sentido.

8

Tres meses después, preparó su viaje a Santa Bárbara. Como siempre, no avisó a sus hijos sobre la inseguridad del mismo. Solo les dijo que regresaría lo más pronto posible. Paula ya caminaba perfectamente. Aunque todavía su piel no se había adaptado a los rayos solares y debía cubrirse completamente, hacía pequeños progresos en ese sentido. La relación con su ex mujer se había normalizado. Se habían divorciado y solo compartían la custodia de los hijos; pero estos habían elegido vivir con él. No necesitaba a ninguna mujer a su lado. Si Claudia no hubiese muerto, tal vez le diría lo mucho que la amaba antes de desaparecer, aun cuando ella no lo entendiera. Por lo menos, ella se había sacrificado al ir a buscarle a la capital. Había perdido a sus dos mujeres y no esperaba recuperar a ninguna, dado que su existencia sobre el orbe terrestre era cada vez más efímera, y sabía que el viaje a Santa Bárbara sería sólo de ida; empero, compró un billete de ida y vuelta, por si acaso.

Tomó el primer vuelo de la mañana y llegó a las siete y media. Se alojó en un albergue, muy cerca de la empresa, y se dirigió allí en cuanto abrieron las puertas. Consiguió el uniforme del equipo de mantenimiento y provocó un cortocircuito en la cantina y otras dos dependencias cercanas, consiguiendo aislarlas del resto del edificio. Mientras los técnicos buscaban el origen del problema, entró en su antigua oficina ahora convertida en bar, y empezó a tantear las baldosas de la pared buscando su caja fuerte. Por fin, tocó una baldosa que sonaba a hueco, la presionó y cedió dejando a la vista una pequeña caja metálica. Desconectó la alarma y probó varias combinaciones hasta que acertó. La clave era la fecha de su boda con Claudia. En el interior de la caja estaban los documentos de la casa y de la empresa. Frank y Paul redactaron y firmaron dos originales de los títulos de propiedad de la compañía, de tal modo que, si algo le sucedía a uno de ellos, el otro podía representarla legalmente. Eran socios al cincuenta por ciento y cualquiera podía

serlo al cien por cien, en caso de minusvalía o fallecimiento del otro. Paul había aprovechado aquella circunstancia en todos los sentidos. Dio gracias a Dios por encontrarlo todo tal y como lo dejó hace siete años. Desgraciadamente, Fermín había estado observándole desde que entró, pues supuso que aquella avería debía ser provocada por alguien que necesitaba encontrar algo. Al ver la seguridad con que encontró aquella caja, cuya existencia ignoraban todos, supuso que él debía tener una estrecha relación con Frank.

Siguió a Armando hasta el albergue en el que se hospedaba y fue a informar a Paul sobre lo sucedido. Este le dijo que siguiera al sospechoso a todas partes; pues en algún momento tenía que conducirlo hasta su jefe. Entretanto, Armando había ido a la casa de la familia Espinos y había entregado aquellos documentos a Susana, diciéndole que era un envío desde la capital destinado a su marido. En el sobre no había remitente y él se marchó sin decir su nombre. Cuando Martín vio su contenido y supo, a través de la descripción de su mujer, que venía de Armando, le dio gracias a Dios y ocultó los documentos, esperando la ocasión para comenzar la querrela contra Paul, ya que había una carta en el sobre que le informaba sobre sus tejemanejes.

Aquella noche, Armando visitó su chalet y se cercioró del desastre en que había quedado convertido. Llevaba meses deshabitado y era pasto del moho, las telarañas y el polvo. Pasó ahí la noche y, al día siguiente, se dirigió al albergue e hizo el equipaje para regresar a la capital. Fermín había pasado la noche en su coche muy cerca de ahí. Lo vio entrar y luego salir con una maleta. Llamó a Paul para informarle de que su “cliente” se marchaba. Paul le ordenó que acabase con él. Era de día y estaban en los barrios bajos. El guardaespaldas pensó que nadie se interesaría por Armando si lo atacaba. Arrancó su coche y aceleró. Armando percibió el rugido del motor justo cuando este estaba a punto de atropellarlo. Se movió con la máxima rapidez que pudo, pero el auto le tocó en el costado. Salió despedido y chocó contra un camión a pocos metros del lugar. Estaba tratando de levantarse cuando Fermín puso marcha atrás con la misma velocidad. Rodó sobre sí mismo y esquivó el coche a duras penas. Este fue a estrellarse contra otro vehículo que estaba aparcado y se quedó atascado. Fermín hizo un gran esfuerzo y lo liberó, pero no le dio tiempo a avanzar porque se vio rodeado por varios hombres furiosos y armados con piedras y palos. Lo sacaron a través de la ventanilla y lo machacaron entre todos. Era una turba de gente, ni siquiera tuvo tiempo para buscar una salida. Después lo condujeron, maltrecho, a la policía, donde le obligaron a declarar a cambio de llevarlo al hospital. Temeroso de morir, contó todo lo relacionado con Paul y su plan de quedarse con los bienes de Frank. Falleció antes de que le pudieran atender.

Armando se levantó. Tenía tres costillas rotas y perdía sangre. Se dirigió a la mansión de Paul. Había llegado la hora de enfrentarse a su mejor amigo. Este estaba en su salón, sentado en su sofá y mirando hacia la ventana. Le oyó entrar y preguntó.

- ¿Has concluido el trabajo?

- Me temo que no, Paul.

Él se dio la vuelta y se encontraron cara a cara. Paul preguntó:

- ¿Quién eres tú?

- He sido enviado a castigarte porque has cometido un crimen y tienes que pagar.

- No me digas –respondió Paul, riéndose–. Debes de estar loco. Así que has venido a castigarme, ¿Verdad? ¿Puedo saber quién eres?

- Soy Frank Enstein.

- ¿Frank? –Paul rio a carcajadas– ¡No me digas! ¿Así que este es tu nuevo disfraz o algo parecido?

- Ríete; pero quiero que sepas que ya sé que fuiste tú quien mandó que me agredieran aquellos rufianes, porque querías quedarte con la empresa y con todas mis posesiones. Lamento decirte que has fracasado en todo. Por alguna razón que ignoro he regresado y voy a saldar nuestras cuentas. Tus matones están muertos y tú acabarás en la cárcel.

La risa de Paul desapareció. Montó en cólera y se puso a romper cosas. No podía creer que sus planes hubieran fracasado. Todo fue trazado meticulosamente. Frank estaba muerto ¿De dónde venía aquel tipo?

- Tú no eres Frank, eres un impostor. Alguien que ha conocido la historia de Frank, conoce la fortuna que ha dejado y ahora quiere sacar la mayor tajada posible. Dame una prueba de que eres quien dices.

- ¿Te acuerdas de cuando trabajábamos en el almacén del supermercado? Tú siempre me ayudabas a llevar las cajas más pesadas, y yo te ayudé a conquistar a aquella cajera que tanto te gustaba. Pero solo te divertiste con ella y, cuando nos convertimos en empresarios, ya no le prestaste atención.

- ¡No! ¡No puede ser cierto! ¡Estás muerto! –gritó desesperadamente Paul.

- Sé lo que se siente. Te compadezco. ¿No te acuerdas de la frase: “Si quieres hacer algo bien, tienes que hacerlo tú mismo”? Tus chicos hicieron un buen trabajo, pero las cosas no salieron como estaba previsto. No les culpes.

- Te mataré, maldito, te mataré –gritó Paul como un poseído.

- Yo también te quiero, amigo, como en los viejos tiempos.

- Tienes razón, Frank –le dijo Paul, furioso y con los ojos inyectados en sangre–. Hemos convivido y compartido todo, como buenos amigos. Ahora, es justo que luchemos como buenos enemigos.

- No, Paul, tú y yo siempre seremos amigos. Sin embargo, me has traicionado y es justo que saldemos cuentas para que nuestra amistad sea realmente sincera. No pelearé contigo. La policía está de camino y tu vida no bastará para que pagues por todo lo que has hecho.

- No te saldrás con la tuya, Frank. Afortunadamente te estás muriendo y no tendré que mancharme las manos con tu sangre. Lo perdiste todo.

- Te equivocas, Paul. Tengo en mi poder los documentos de la empresa. Perdiste los tuyos hace mucho y por eso me mandaste asesinar. Lástima que no supieras dónde los guardaba. Los títulos de propiedad de mi casa también están protegidos. Tendrás que vender todo lo tuyo para indemnizar a Frank, a la familia de Claudia y a mi familia. Terminarás tus días en prisión, arruinado y humillado, si no te condenan a muerte– dijo Frank, y cayó de bruces, perdiendo paulatinamente el aliento.

Paul se desesperó, comenzó a dar vueltas de izquierda a derecha pensando en una solución para eludir la cárcel. Después se acercó a él y le dijo:

- Espero que te hayas muerto del todo esta vez, seas quien seas, y si regresas de nuevo, te mataré personalmente. Porque soy más listo que tú.

- Es verdad –le contestó Frank, tratando de reunir el poco aliento que le quedaba–. Parece que has vuelto a ganar. A ver cómo explicas a la policía y a la prensa los tres asesinatos que has cometido contra mi familia y contra mí. Ya he encontrado la paz. En cambio, tú no la hallarás nunca.

- No me atraparán –dijo Paul, buscando desesperadamente una salida, ya que comenzaba a escuchar las sirenas de la policía acercándose.

Entró en su cuarto y, al no encontrar nada útil, se suicidó. Prefirió aquello en lugar de enfrentarse al abucheo del pueblo y a ver cómo perdía todos los bienes que había atesorado durante los últimos años.

El espíritu de Frank entró en el cuerpo de Paul y redactó un testamento en el que dejaba la empresa, su mansión, el chalet y todas sus acciones a los gemelos Rodolfo y Adolfo Espinos, ya que Paul no tenía familia. La sucursal de la capital la legaba a su ahijada, Paula Crespo, e invalidaba cualquier proceso legal que fuese en contra de sus deseos. Firmó el documento y lo guardó en la caja fuerte de su despacho. Después regresó al salón y se cayó para no volver a levantarse.

Los dos habían muerto. La policía no entendería lo que había pasado ahí. Nadie que estuviera vivo conocía a Armando Crespo en Santa Bárbara. Por lo tanto, tardarían meses en descubrir la causa de aquellas muertes. Darían un informe convincente y las cosas se quedarían así por algún tiempo. Tal vez después se descubriría la verdad; pero eso sería después. El abogado de Paul se llevó los documentos para analizarlos y convocar a los interesados a la lectura del testamento.

La noticia apareció en la televisión y los periódicos de todo el país. La gente estaba angustiada ante aquella situación; ya que Paul era uno de los hombres más respetados en aquella ciudad. Una vez más, se había demostrado que el dinero podía con todo, hasta con la más sincera amistad. La ambición humana no tiene límites y había gente dispuesta a pasar por encima de todo con tal de lograr sus objetivos.

Frank había recuperado su forma inicial. Se sentía libre y feliz. Decidió irse a la casa de los Espinos para verlos por última vez. Para su sorpresa, les encontró reunidos con un comisario de policía y con... Claudia. ¿Claudia? No podía ser cierto. Ella les contaba cómo había salido despedida del avión a causa de la presión del aire que se creó cuando un ala fue arrancada por un rayo. Cayó en un río poco profundo y quedó sin sentido a causa del golpe. La corriente la arrastró a varios kilómetros y fue hallada por dos ancianos campesinos, quienes creyeron que era una turista que había sufrido un accidente y la llevaron a una clínica donde fue recuperándose. Sin embargo, solo recordaba el nombre de Frank y no el suyo propio. Cuando transmitieron por televisión la noticia del accidente aéreo, los ancianos no pudieron relacionarla con él, ya que el río pasaba a casi un kilómetro de distancia respecto al lugar en que se había estrellado el avión. En el hospital habían descubierto que Claudia estaba embarazada. El niño estaba bien, afortunadamente. Sin embargo, Claudia tenía que mantener un reposo absoluto hasta que diera a luz, ya que el bebé había sobrevivido milagrosamente a semejante trauma; pero cualquier otra fuerte sacudida o golpe podía acabar con la vida del feto. Ella no estaba preparada para

viajar otra vez en avión; por eso, los ancianos decidieron esperar a que naciera el pequeño Frank para comenzar la búsqueda de su familia. Sin embargo, no tenían pistas seguras.

El niño resultó ser enfermizo. Tenía problemas cardiovasculares y hubo que esperar hasta que cumplió cinco años, para reemprender la búsqueda de los orígenes de Claudia. Gracias a la noticia de la muerte del gran empresario Paul Sebastien, a la mención de su desaparecido ex socio Frank Enstein y el matrimonio de este último con Claudia Espinos, fallecida en un accidente aéreo hacía siete años, la pareja de ancianos pudo reconocer la foto de Claudia e investigar sobre su familia. Con la ayuda del comisario de la localidad, pudieron encontrarlos y llevar a Claudia de vuelta a casa.

Añadió también que la noche del accidente hubo muchas circunstancias extrañas. El avión llevaba más pasajeros de los que declaró el director de la agencia, puesto que aquella madrugada en el aeropuerto una docena de personas subió al avión con su equipaje, y era posible que solo hubiesen comprado el billete pero que no fueran registradas. Por lo tanto, una de las probables causas de que aquel rayo alcanzara el avión era que volaba por debajo de las nubes a causa del sobrepeso, en lugar de volar por encima. Si hubiesen declarado la cifra exacta de pasajeros, habrían tenido que cerrar la agencia. Afirmó también que, por obligación moral, se debió mostrar al público la lista real de los que embarcaron.

No había palabras para describir la felicidad que sintió Frank. Su esfuerzo había valido la pena. Claudia estaba viva y tenían un hijo, que se salvó de puro milagro.

Cuando Claudia acabó de relatar su historia, dijo que, una vez se recuperase del todo, estaba dispuesta a regresar a la capital en busca de Frank. Llevaría su foto y preguntaría a todo el mundo hasta hallarlo vivo o muerto. Su padre, a su vez, le contó todo lo que pasó con Paul después de aquel desgraciado accidente y la situación en la que se encontraban ahora; y decidió acompañarla en su viaje, para evitar perderla de vista otra vez.

Frank se alegró mucho al descubrir que su esposa le amaba todavía y que estaba dispuesta a encontrarlo a toda costa. Deseó poder comunicarse con ella, pero era imposible, pues él ya no tenía cuerpo. Le infundió todo el valor que llevaba dentro de sí y le deseó toda la felicidad posible, junto a su hijo Frank jr.

Alguien le tocó suavemente el hombro derecho. Era la anciana y le dijo:

- Lo has hecho muy bien, muchacho. Estoy orgullosa de ti.

- Gracias, abuela –dijo él–. Sin ti no lo hubiera logrado.

- Finalmente, me has reconocido. Ven, tengo que mostrarte a alguien que te encantará ver.

- ¿De quién se trata?

- No cambias nunca, muchacho. Sigues impaciente como siempre.

De pronto se sintió arrastrado lejos de aquella casa. Quiso detenerse, pero se dio cuenta de que sus pies no tocaban el suelo. Se fue alejando del barrio y de la ciudad hasta que desapareció.

...

- ¿Cuán compleja es la vida, verdad, cariño? –preguntó Susana a su marido.

- Ya lo ves. Cuando estábamos casi desesperados, se encendió un foco de luz que reflejó la verdad más oscura. No podemos fiarnos ni siquiera de nuestros amigos. Quién diría que Paul sería capaz de semejante mezquindad. ¿A dónde irá a parar este mundo?

- A donde lo llevemos, querido. Nunca sabemos lo que los demás son capaces de hacer hasta que lo vemos. Cada uno es responsable de sus actos, y los crímenes que cometemos se pagan tarde o temprano. El tal Crespo debe de ser un ángel enviado por Dios para devolvernos la paz.

- El regalo más grande ha sido recuperar a Claudia y a nuestro nieto.

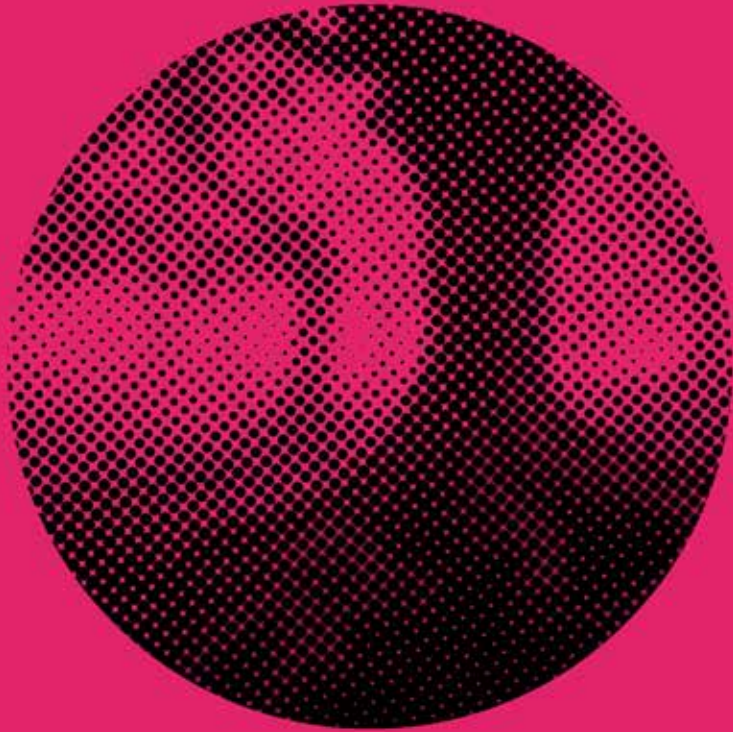
- Tienes razón. Solo nos falta saber qué le pasó a Frank y dónde está. Cuando vayáis a la capital, Claudia y tú tenéis que llamarme todos los días.

- Querrás decir llamaros a ti y al pequeño Frank. Prometo llamaros dos veces al día. Solo estaremos una semana, y creo que será suficiente para encontrar a Frank y traerlo de vuelta.

Poesía

SUEÑOS SIN ÉXITO

Blas Bolekia Boko



SUEÑOS SIN EXITOS

Puedo ver en ti
 aquel diamante que escondes,
 aquellos grises días traídos por tu desnudez.
 Puedo ver en ti
 el exilio de tus hijos
 que sueñan con arroparte,
 y sus sueños sin éxito,
 sus sueños cercenados
 por otros de tus amados hijos.
 Puedo ver en ti
 el miedo, el desprecio, el silencio...
 de aquellas voces que suenan,
 sedientas de libertad,
 y son sus lágrimas por ti...
 Amada Guinea,
 de este tu ecuatorial bosque...
 Puedo ver tu desnudez
 y soñar la libertad.

VIVIR DE SUEÑOS

Aún la sigo queriendo.
 Siguen mis dedos queriendo
 los hilos de su guitarra tocar, siguen...
 Y sigue mi mente dibujando su retrato.
 Y llora mi alma perdida, llora...
 Llora por ver los recuerdos de su desnudez

en estos días grises que llama el infierno.
 Infierno del que vivo,
 vivo en espera de libertad,
 y de que su cuerdo amor
 colme el fuego que me quema.
 Vivo en espera de unidad, vivo...
 Vivo en espera de paz, vivo...
 Y vivo en espera de justicia, vivo...
 Amada Guinea,
 aún te sigo queriendo,
 y de este, tu ecuatorial bosque,
 un suspiro de insatisfacciones lleno.

NO SÉ

Tu cuerpo a veces pienso en tocar,
 y que, al tocarlo, se borran mis días grises, y sueño
 con tus grandes esfuerzos, estos
 que, en vela, guardabas durmiendo.
 Ya te fuiste. Sé esto.
 Amargado y solitario, por enseñarme el respeto.
 Añorando cuando te cuidaba con esmero,
 tu rostro ver deseo, aun sin genio,
 aunque la cumbre esté nublada o vacía...
 No importa, no. Solo verte.
 Las lágrimas de estos
 recuerdos míos marchitados por miles de silencios.
 El genio me devolvería del vivir el ánimo.
 Por estos tus consejos y tu amor, sigo vivo.

Sigo, de no robarme el tiempo, no sé...
tal vez engrandecido.

SE DURMIERON

Huellas remotas, paraíso perdido.
Es el infierno su sentir diario
por dormirse sus ángeles,
y se durmieron sin la voz
del ayer ancestral,
perdiendo sus raíces.
Con el pasar de los días, son las hojas el relevo,
y son las mismas sin aspirar la savia,
pues por dormir están.
si se durmieran,
sería el silencio de aquella antigua voz
que en este tiempo fugaz
suena, suena... sin respuestas.
Y sería el tiempo... pues historia
de un ayer ancestral
que es, del futuro. Las cenizas.

MUNDO PETROLERO

Me pongo viejo, y camino
en aquellos caminos que ayer anduve,
en aquellos en donde encontré el silencio
de un amor duradero.

Amor de madre,
amor que me arropa del frío...
Me pongo viejo, y me lavo
con las mismas aguas del ayer.
Me pongo viejo, y es el mañana quien
a la puerta llama, y sonrío.
Me pongo viejo, y al ayer viajo;
y es el ayer mi presente. Recuerdos.
Y pienso que hubo un cambio. Pues... lloro.
Sigue siendo la avaricia, la injusticia... el poder.
Poder de un mundo petrolero.
Me pongo viejo, y sin amor
que arroje a los míos...

NO ME DIGAS QUE NO

Solo me quedan recuerdos,
recuerdos de tu silencio, y los destierros
que esta mi alma sufre sin deseo;
y yo, sin poder frenarlo,
que no exististe pensar quiero.
De esta paranoia viene mi desasosiego.
No me digas que no, que espero
tu descanso rítmico,
y, así, un mundo sin hitos.
No me digas que me amas, que el entierro
pronto estará en tu puerta,
y los mundos vacíos
llegarán sin frenos a tus oídos...

Quiero salir de este infierno,
infierno al que me atas, y que el olvido
sea mi asilo...

PARAÍSO PERDIDO

Me gustaría decirte que te quiero.
Me gustaría que sepas lo mucho
que cuentas en el fondo de mi corazón.
Cada segundo que paso a tu lado
es un regalo que me ofrece el cielo,
un regalo cubierto de recuerdos,
recuerdos que me hacen viajar
hacia aquellas lluvias en las que fuiste mi abrigo.
Que, de esta sequía,
siento que te vas,
siento que te pierdo,
y me duele decirte adiós...
Es el nuevo despertar que ven mis ojos,
y son las calles del extranjero
y de las aulas, su aprendizaje.
Y tú, paraíso perdido,
que fuiste, eres... el manantial de los ancestros,
¿dónde andas escondido?



Teatro

LA ENTREVISTA

Pedro Santos-Mbá Mbá da Silva

ARGUMENTO

Trata de un grupo de técnicos de televisión que quiere grabar una entrevista a un individuo para un programa, pero que no pueden llevar a cabo su objetivo debido a varios problemas y obstáculos. Sin embargo, a base de esfuerzo y perseverancia, logran, finalmente, concluir la entrevista, más o menos satisfactoriamente.

La entrevista trata de los éxitos que ha conseguido el entrevistado, de su vida, de su recorrido académico. Es un personaje que ha salido de la capa más baja de la sociedad y ha ido ascendiendo hasta alcanzar una posición respetable. Es un especialista en sociología y en antropología, y escritor de éxito.

El entrevistador es el prototipo de hombre normal. Un superviviente que pretende hacer las cosas bien en el trabajo para conservarlo y, a lo mejor, ascender.

Existen otros personajes secundarios que sirven para dar cuerpo a la obra. Está la directora del canal televisivo, que tiene que mantener el orden en su programa y conseguir que salga bien a pesar de la torpeza de su equipo. También encontramos al regidor, que es muy perfeccionista y quiere conseguir siempre la mejor toma del rodaje. Finalmente, aparecen la ayudante de plató, el cámara y el electricista. Son más contingentes, pero desempeñan papeles importantes en la obra.

Todos ellos ralentizan y dificultan el proceso del rodaje. Sin embargo, lo siguen intentando hasta que, juntos, consiguen finalizarlo con éxito.

PERSONAJES

TEMÍSTOCLES (entrevistado)

ANTONIO (entrevistador)

MELINDA (directora de televisión)

MARCOS (director de guion)

CELESTESIA (ayudante)

BELINDO (cámara)

RAÚL (electricista)

ACTO I

1ª ESCENA

(En una especie de plató, hay una cámara sobre una base a un lado del escenario. Al otro lado, una mesa con dos sillas. MELINDA, MARCOS y CELESTESIA están cerca de la cámara. Estos elementos ocupan todo el escenario).

MELINDA. – Pero, ¿dónde está ese irresponsable de ANTONIO? Esta es la enésima vez que hace algo así. Todo el tiempo llegando tarde al trabajo. Tenemos al señor TEMÍSTOCLES aquí desde hace mucho tiempo ¿Cuánto tendremos que hacerle esperar? La verdad es que se me está acabando la paciencia con este hombre. El día menos pensado, le llamo y le digo que no se moleste y que se quede en su casa, que tampoco es la alegría del plató. No trabaja mal, pero a veces no es eficiente y le saca a una de sus casillas. Pero, ¿alguien puede decirme dónde está ese señor?

MARCOS. – Eso quisiera saber yo, que también me estoy impacientando con esta situación. Y no me refiero únicamente a lo de hoy, sino a que, siempre que queremos rodar una edición de La Entrevista, pasa igual. (A CELESTESIA). Tú, ¿dónde está ANTONIO?

CELESTESIA. – No lo sé. ¿Por qué crees que debería saberlo?

MARCOS. – ¿Yo qué sé? ¿No sois amigos?

CELESTESIA. – ¿Qué te hace pensar eso?

MARCOS. – Te gusta responder a una pregunta con otra, ¿no?

CELESTESIA. – Sí. Y, al parecer, no soy la única a la que le gusta hacer eso, ¿a que sí?

MARCOS. – Mmm... ¿Cómo te llamabas?

CELESTESIA. – (Con aire de presunción). CELESTESIA.

MARCOS. – ¿Qué? ¿Cómo se puede llamar a alguien Cenestesia?

CELESTESIA. – No es con ene, que eso significa otra cosa, sino con ele: CELESTESIA.

MARCOS. – ¿Y? ¿Qué significa eso?

CELESTESIA. – Nada. Solo es un nombre.

MARCOS. – Bueno, me da igual. Solo quería recordarte, Anastasia, quién dirige este programa. ¿De acuerdo?

CELESTESIA. – Primero, no soy Anastasia. Soy CELESTESIA. Segundo, eso lo tengo claro. Es MELINDA.

MARCOS. – Vale, sí, Felistesia, pero no olvides quién es el segundo al mando aquí.

MELINDA. – (Se pone entre los dos). Ya podéis parar esa pelea de gallos..., o de gallo (mira a CELESTESIA) y de gallina (mira a MARCOS) que estáis teniendo. (A CELESTESIA). A ver, ve a mirar si ya llega Antonio. Llámale por teléfono y, si es preciso, sal en su busca, que tenemos al señor TEMÍSTOCLES cansado de esperar, y, al fin y al cabo, ninguno tenemos la valentía de sustituirle en la presentación del programa. Ah, y ofrécele algo de beber al huésped, por favor.

CELESTESIA. – Sí señora. Ahora mismo.

(Se va al otro extremo del escenario y sale por ahí).

TELÓN

2ª ESCENA

(Sobre el escenario están MARCOS Y MELINDA, en su posición anterior. Entran CELESTESIA y ANTONIO, el segundo detrás de la primera).

ANTONIO. – Ya estoy aquí. Siento mucho haber tardado tanto. Espero me

disculpe, señora MELINDA. No volverá a pasar.

MELINDA. – Sí hijo, sí, como siempre. Ahora será mejor que te des prisa, que aunque no entramos en directo, ya tenemos al señor TEMÍSTOCLES muy agobiado. Sabemos que es un hombre muy ocupado y le hemos hecho esperar más de veinte minutos para esta entrevista.

MARCOS. – Ya te vale, eh, ANTONIO. Ya te vale.

ANTONIO. – Sí, sí. Lo que tú digas.

MELINDA. – Bien, pues, empecemos. Mmmm... por favor, Zenaida, ve a llamar a nuestro invitado, que está esperando por allí.

CELESTESIA. – Sí, señora MELINDA. Pero usted ya debería saber que me llamo CELESTESIA; trabajamos casi a diario.

MELINDA. – ¿Crees que mi trabajo aquí es aprenderme tu nombre? Ni falta que me hace. Y ahora ve, por favor.

(CELESTESIA se va).

CARLOS. – (Aparte, con MELINDA) ¡Qué personaje éste! ¿No? Nos tiene aquí esperando y encima se pone chulo. Lo que hay que ver por aquí. Si de mí dependiera la suerte de este señor, hace tiempo que se habría quedado sin suerte y sin trabajo.

MELINDA. – Estoy segura de que es una persona con voluntad, aunque hace falta más que eso para trabajar aquí. Sin embargo, no tenemos nada mejor. Tampoco es que le ofrezcamos todo nuestro dinero, ya me entiendes.

MARCOS. – Ejem, ejem... No creo que le ofrezcáis ningún dinero a ninguno de los que trabajamos aquí.

MELINDA. – ¡Oye! ¿Dices que no te pagamos bien?

MARCOS. – No. No digo eso. Digo exactamente que no me pagáis. ¡Venga ya, MELINDA! Llevamos ya cuatro meses. Y pregunto en base al “sentido común”, ¿de verdad vais a pagarnos esos cuatro meses?

MELINDA. – Esta cadena hará todo lo que está en sus manos para pagaros hasta el último veinticinco de lo que habéis trabajado.

MARCOS. – ¿Cadena? ¿Qué cadena? ¿A esto le llamas cadena? Pero si sólo se trata de una sede televisiva. Y su único “exitazo” se debe a que somos los únicos de la región, por así decirlo. Y ni siquiera somos capaces de coordinar los programas ni mantenerlos mucho tiempo para entretener a la audiencia. Ahora mismo seguro que tienen sus televisores en modo no hay señal, esperando a que acabemos de grabar esto y se lo pongamos para que puedan entretenerse. Otros incluso deben de tener los televisores apagados. Je, je, je...

MELINDA. – ¡Oye, no te burles! Que no es así. Además, hay otra televisión, no somos los únicos.

MARCOS. – ¿Qué? ¿Te dignas siquiera a pensar en esos? Si ni siquiera son una opción. Somos mucho mejores, y la opción alternativa a nosotros es tener el televisor apagado.

MELINDA. – Exageras mucho. Además, estamos emitiendo algo ahora mismo.

MARCOS. – Y, ¿qué es?

MELINDA. – ¿Yo qué sé? Los de producción han puesto algo... Simba, creo.

MARCOS. – ¿El Rey León? ¿Y para quiénes, los niños o los mayores?

MELINDA. – Da igual. Es un clásico, y además es instructivo hasta para los mayores. Y vamos a trabajar, luego hablaremos de vuestros meses sin cobrar. A lo mejor así llegáis a ser la mitad de eficientes que un caracol.

(Entran CELESTESIA y TEMÍSTOCLES).

MELINDA. – Buenos días otra vez, señor TEMÍSTOCLES.

TEMÍSTOCLES. – Muy buenos días. (Se saludan).

MELINDA. – Siento mucho que haya tenido que esperar tanto. Pero ahora estamos todos y por fin podemos empezar.

TEMÍSTOCLES. – No pasa nada. Empecemos, pues.

MELINDA. – Este es ANTONIO, el presentador del programa. Será su entrevistador.

ANTONIO. – Hola. Gracias por ser paciente.

TEMÍSTOCLES. – No es nada.

TELÓN

3ª ESCENA

(MARCOS, MELINDA Y CELESTESIA junto a la cámara. Se enfoca la luz sobre ANTONIO Y TEMÍSTOCLES, sentados a la mesa).

MARCOS. – (A los de la mesa). Hola, chicos. ANTONIO ya me conoce. Sin embargo, he de decir a nuestro invitado que yo soy el regidor del programa, así que, aunque ya tienen una idea de los pasos de la entrevista, las pautas de este rodaje las determinaré yo. Sed pacientes, ¿de acuerdo? Bien, entonces procedamos como ya sabemos.

(CELESTESIA arregla y dispone a los dos para salir bien en la tele. Se marcha).

MARCOS. – ¡Acción! (Regresa a su sitio).

ANTONIO. – (Mirando al público como a una segunda cámara). Hola. Muy buenos días. Otra vez estamos aquí con una nueva edición de La Entrevista. Y tenemos un nuevo y muy especial invitado...

MARCOS. – (Se acerca) ¡Cooorten! O sea, para ANTONIO, para. (Al público). Pero, ¿dónde está el cámara? Se supone que tenemos que grabar esta sesión de La Entrevista, pero no hay cámara.

ANTONIO. – ¿Dónde está el cámara?

MELINDA. – ¿Y el cámara?

TEMÍSTOCLES. – (Se levanta). Oye, si no estáis preparados, puedo volver otro

día, ¿eh?

MELINDA. – (Se adelanta). No, no se preocupe, esto lo solucionamos enseguida. Grabamos y se podrá ir tranquilamente. Denos dos segundos, por favor. (Se dirige a CELESTESIA). Ey, guapa, ¿y tu compañero?

CELESTESIA. – No lo sé, señora MELINDA, hace ya un buen rato que no le veo.

(Entra BELINDO. Todos se le quedan mirando).

BELINDO. – ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? ¿Por qué me miráis así?

MELINDA. – ¿Se puede saber dónde estabas?

BELINDO. – En el váter.

MELINDA. – Y, ¿qué hacías? ¿Tener un hijo?

BELINDO. – Nada de eso. Estaba haciendo mis necesidades mayores, medianas y menores.

MELINDA. – ¿Medianas? No quiero ni saber a qué te refieres con eso. ¿No sabes que tienes trabajo aquí?

BELINDO. – Sabía que ANTONIO no había llegado todavía, así que...

TEMÍSTOCLES. – Ejem, ejem... Mmm... Podemos empezar, ¿no?

TELÓN

ACTO II

1ª ESCENA

(BELINDO en la cámara, todo el mundo en su posición anterior).

ANTONIO. – (Mirando al público). Hola. Muy buenos días. Otra vez estamos aquí con una nueva edición de La Entrevista. Y tenemos un nuevo y muy especial invitado, el señor (lee un papel que lleva en la mano) TE-..., TEMISSSS... ¿TEMÍSTOCLES? (Mira al público, luego a TEMÍSTOCLES)

BELINDO. – ¡Pffffff...! ¡Jaaaajajajaja...! ¡Qué nombre!

CARLOS. – ¡Cooorten! ¿MELINDA?

MELINDA. – (A BELINDO). Ey, tú, payaso, ¿quieres ponerte serio?

BELINDO. – Lo siento mucho, señora MELINDA.

MELINDO. – Lo siento de qué, ¿eh? ¿Quieres hacer bien tu trabajo? ¿No sabes que te juegas el sueldo de este mes?

BELINDO. – ¿El sueldo de este mes? Querrás decir el de este mes y el de los últimos cuatro meses, que pienso cobrarlos.

MELINDA. – Pues, sí. Te juegas el sueldo de este mes, de los últimos cuatro meses y de los próximos seis meses. ¿De acuerdo? Así que ya te puedes ir poniendo serio. (A ANTONIO, con mucha seriedad). ANTONIO, ¿va todo bien?

ANTONIO. – Sí, señora directora. (A TEMÍSTOCLES). Así que se llama TEMÍSTOCLES.

TEMÍSTOCLES. – Sí. Así es.

ANTONIO. – Es un nombre un poco raro, ¿no?

TEMÍSTOCLES. – ¿Ah, sí? ¿No me diga?

ANTONIO. – ¿Le importaría que le llamase Félix?

TEMÍSTOCLES. – ¿Por qué Félix?

ANTONIO. – No sé. A lo mejor porque me recuerda a un amigo.

TEMÍSTOCLES. – Claro que me importaría. Mi nombre es TEMÍSTOCLES y así espero que se refiera a mí durante este tiempo. Gracias.

ANTONIO. – De acuerdo, haré el esfuerzo.

MARCOS. – ANTONIO, ¿va todo bien?

ANTONIO. – Claro, no te preocupes. Cuando quieras, retomamos.

MARCOS. – Bien. Ya sabéis. Como antes.

ANTONIO. – Una cosa, ¿pueden traerme agua por favor?

MARCOS. – Sí, claro. (A CELESTESIA) Mmm... ¿Puedes darles agua, por favor?

CELESTESIA. – Sí, claro. (Va y les sirve agua).

ANTONIO. – Muchas gracias.

TEMÍSTOCLES. – Gracias.

ANTONIO. – ¿Cómo era tu nombre?

CELESTESIA. – CELESTESIA.

ANTONIO. – ¿Qué? ¿Cómo se puede llamar a alguien Cenestesia?

CELESTESIA. – Y dale. Que no es con ene, que eso significa otra cosa, sino, con ele: CELESTESIA.

ANTONIO. – ¿Y crees que es mejor? Je, je... ¿Qué pasa? ¿Es que hoy es el día de los nombres raros?

TEMÍSTOCLES. – ¡Qué desconsideración!

MELINDA. – ¿ANTONIO?

ANTONIO. – Lo siento jefa. No volverá a pasar.

MARCOS. – Muy bien. Entonces, ¿ya podemos empezar?

ANTONIO. – Claro. Cuando quieras.

MARCOS. – Bien. Como al principio. Luces, cámara... ¡Acción!

BELINDO. – ¡Esperad, espera, esperad!

MARCOS. – ¿Qué pasa ahora?

BELINDO. – Es que la cámara no llevaba película.

TEMÍSTOCLES. – (Se levanta) ¿Es que algún día saldré de este sitio?

TELÓN

2ª ESCENA

(Todos preparados para la grabación).

MARCOS. – Bien. Como al principio. Luces, cámara... ¡Acción!

ANTONIO. – (Mirando al público). Hola. Muy buenos días. Otra vez estamos aquí con una nueva edición de La Entrevista. Y tenemos un nuevo y muy especial invitado, el señor TEMÍSTOCLES. Bienvenido sea a nuestro programa, señor TEMÍSTOCLES. Es un placer tenerle aquí con nosotros.

TEMÍSTOCLES. – Muchas gracias. El placer es mío. Si no me hubieran invitado a su programa, no sé qué estaría haciendo ahora mismo.

ANTONIO. – (Finge unas risas). Je, je... ¡Qué señor más majo es usted! Señor

TEMÍSTOCLES, tenemos entendido que es usted un prestigioso escritor.

TEMÍSTOCLES. – Así es.

ANTONIO. – Y también sabemos que es un gran antropólogo y sociólogo. Dos ciencias muy interesantes. ¿Quién mejor que usted para conocer bien a la persona humana?

TEMÍSTOCLES. – No sé. Quizá un psicólogo. Je, je, je...

ANTONIO. – Je, je, je... Sí, un psicólogo, seguro. Señor TEMÍSTOCLES, usted es un personaje muy respetado en nuestra sociedad actual. La verdad es que ha conseguido mucho como persona. Algunos lo definirían como un ser bien alimentado física, material, espiritual y personalmente. ¿Cómo se hace eso? Quiero decir, ¿qué nos puede decir acerca de su vida? Cuéntenos algo de su biografía.

TEMÍSTOCLES. – Bueno, a ver qué puedo decir de mí... Pues, yo nací a finales de los años ochenta, en una familia literalmente pobre, vamos, lo que se dice pobre en este país. Tenía dos hermanos mayores. Crecimos con mis padres en una casucha en los arrabales. Mis amigos llamaban a mi casa “la casita de hojalata”, y no erraban al decir eso; pero, a los once años, me fui a vivir con mi tía, que no tenía ningún hijo.

ANTONIO. – ¿Su tía? ¿La hermana de su papá o de tu mamá?

TEMÍSTOCLES. – La hermana de mi papá. Puedo decir que ese fue mi primer paso en la escala hacia la independencia intelectual y social, hasta este día, hoy en este plató. La hermana de mi papá tenía una casa un poco más acogedora. Ella se hizo cargo de mis estudios desde entonces; y yo sólo quería ser agradecido, así que mi conducta, que antes no era muy buena, se fue modelando a base de voluntad y lucha interior. En primaria no era muy buen estudiante, pero en secundaria y en toda mi carrera universitaria, tanto aquí como en el extranjero, no podía evitar sobresalir siempre entre los demás.

ANTONIO. – Así que usted se volvió un súper empollón en secundaria.

TEMÍSTOCLES. – Creo que la palabra lo define bien. Sí, en eso me convertí. No quería fallarme a mí mismo, que tenía un propósito, ni a mis seres queridos.

ANTONIO. – Pero usted no parece un friki.

TEMÍSTOCLES. – Es que no soy un friki. El friki es aquel al que le resultan extrañas las convenciones sociales, y, de hecho, no las acepta y quiere hacer las cosas a su manera.

MARCOS. – (Adelantándose). ¡Cooorten!

ANTONIO. – ¿Qué ocurre ahora?

TEMÍSTOCLES. – ¿Y ahora qué?

MARCOS. – Bueno, todo ha estado bien, pero esto último no me ha gustado. ANTONIO, has quedado como un... ¿ignorante?

ANTONIO. – ¿Qué? ¿Cómo?

MARCOS. – Es que no ha quedado bien que te aleccionen sobre un término que has usado mal. Además, eso no venía en el guion.

TEMÍSTOCLES. – Yo no creo que haya sido así, ¿eh? Creo que íbamos muy bien.

MARCOS. – Da igual. Esta última parte no saldrá. Ahora vamos a continuar donde lo hemos dejado. (A CELESTESIA). Mmmm... ¿Cómo era? ¿Anastasia o Anestesia?...

CELESTESIA. – Soy CELESTESIA.

MARCOS. – ¡Ah, sí! ¿Les das un retoque a estos, por favor?

CELESTESIA. – Parece que aquí nadie se preocupa por aprenderse mi nombre. Solo eso, aprenderse mi nombre. (Va a darles un retoque).

TEMÍSTOCLES. – (A CELESTESIA). No te preocupes, muchacha. Estamos en el mismo bando. Yo ya me he aprendido tu nombre: Telestesia.

CELESTESIA. – ¿Telestesia? Gracias por esforzarse, señor TEMÍSTOCLES.

TELÓN

3ª ESCENA

(Sobre el escenario están todos en su posición. MARCOS está junto a los de la mesa).

MARCOS. – Muy bien. Continuamos. Ahora, ANTONIO, vas a introducirte en el tema de su carrera como antropólogo y sociólogo. A la de tres: una, dos y tres... Luces, cámaras... ¡Acción! (Se aparta hacia los otros).

ANTONIO. – (Siempre mirando al público). Bueno, de vuelta de la pequeña pausa que hemos tenido. Seguimos aquí con el señor TEMÍSTOCLES, a quien nos interesaría preguntar cómo es el trabajo de sociólogo y antropólogo. (A TEMÍSTOCLES) Señor, ¿Cómo es eso?

TEMÍSTOCLES. – Pues es algo sencillo. Básicamente lo que hacemos los sociólogos es estudiar los fenómenos socioculturales que se producen por la relación entre los individuos y el medio que les rodea. Observamos el comportamiento de la sociedad, lo estudiamos, intentamos comprenderlo y sacamos conclusiones acerca de ello. A partir de eso podemos hacer predicciones sobre una cuestión y proponer soluciones para ciertos problemas.

ANTONIO. – (Al público). Interesante.

TEMÍSTOCLES. – Los antropólogos tienen un enfoque parecido. También trabajamos con sociedades, pero nos interesa conocer al hombre en su aspecto físico y social. Básicamente se trata de una ciencia descriptiva, a diferencia de la anterior, que es más teórica.

ANTONIO. – Interesante. Señor TEMÍSTOCLES, nuestra sociedad ha alcanzado últimamente un considerable grado de desarrollo. ¿Qué opina de esto?

TEMÍSTOCLES. – No estoy de acuerdo. Pertenezco a la misma sociedad que usted, pero no creo que esta sociedad haya alcanzado, como ha dicho, un considerable

grado de desarrollo.

ANTONIO. – Pero, ¿las grandes obras de construcción que hemos conocido últimamente no le dicen nada?

TEMÍSTOCLES. – Claro que me dicen algo. Me dicen que existe pobreza mental. Y solo eso ya es un indicador de la falta de desarrollo que tenemos. El grado de desarrollo se mide con varios índices o indicadores, la mayoría más importantes que las infraestructuras. Por ejemplo, el Índice de Desarrollo Humano (IDH), que incluye la sanidad, la educación, el bienestar, la esperanza de vida, etc.; la producción, que sugiere producir más riqueza y comprar menos; la demografía, la cantidad de individuos de una sociedad también es importante; la inversión en I+D (Investigación y Desarrollo); el PIB per cápita, etc.

ANTONIO. – Parece que nos falta mucho, ¿eh?

TEMÍSTOCLES. – Ya te digo que sí. Pero no se trata solo de nosotros, sino también de todos nuestros otros vecinos, que aunque todos no hemos contado con las mismas ventajas, estamos en la misma situación.

ANTONIO. – Bueno, señor TEMÍSTOCLES, recuerdo que usted también era...

(Se va la luz en todo el escenario. Solo se oyen voces. Se puede dejar una luz débil para que los actores se vean).

TEMÍSTOCLES. – ¡Por Dios! ¿Y ahora qué pasa?

ANTONIO. – MARCOS, ¿qué ocurre con la luz?

MARCOS. – ¿Yo qué sé? ¿Acaso soy electricista?

MELINDA. – Cortocircuito.

MARCOS. – ¿Cortocircuito? ¿Qué hacemos ahora?

TEMÍSTOCLES. – Bueno, se acabó lo que se daba. Yo ya me puedo ir, ¿no?

MELINDA. – No. Un segundo por favor, señor TEMÍSTOCLES. Esto lo arreglamos enseguida. ¿Dónde está Clemencia?

MARCOS. – ¿Quién es Clemencia?

MELINDA. – Me refiero a la chica esta, que ayuda aquí.

CELESTESIA. – Es CELESTESIA, señora MELINDA. Estoy aquí mismo.

MELINDA. – ¡Ah! Sí, quiero que vayas a buscar al de mantenimiento, por favor, para que arregle este problema. De momento, que nadie se mueva.

CELESTESIA. – Sí. Ahora regreso. (Se oyen taconazos. Se va).

TEMÍSTOCLES. – Yo creía que ya había escalado hasta lo más alto de la sociedad, pero estoy seguro de que esto no lo es.

MELINDA. – No se preocupe, señor TEMÍSTOCLES, que tampoco es lo más bajo, créame.

TEMÍSTOCLES. – Eso lo sé bien. De hecho, yo vengo de allí.

MARCOS. – Y ¿por qué se le hace esto tan extraño?

TEMÍSTOCLES. – Se trata de expectativas y de reputación.

MELINDA. – No se preocupe por su reputación. Ahora es de hierro.

TEMÍSTOCLES. – No es mi reputación lo que me preocupa. Es la vuestra.

ANTONIO. – Tampoco se preocupe por la nuestra, que ya no tiene remedio. (Ríen todos)

(Se oyen taconazos. Entra CELESTESIA con RAÚL, de mantenimiento, que lleva una caja de herramientas).

CELESTESIA. – He vuelto con RAÚL, de mantenimiento eléctrico.

RAÚL. – ¿Cómo permitís que se os vaya la luz en plena sesión de fotos?

CELESTESIA. – No es una sesión de fotos. Estamos grabando una edición de La Entrevista.

RAÚL. – Y ¿eso qué es?

CELESTESIA. – Un programa de televisión. ¿No ves la tele en casa?

RAÚL. – No. ¿Para qué? Si no hay nada importante. Voy a mirar los interruptores. (Se desplaza por el escenario). Este trabajo es tan entretenido... Lástima que a los jefes no les guste pagar. Llevo ya cuatro meses viniendo a trabajar aquí, cortando y empalmado cables por aquí y por allá, pero no percibo ni un veinticinco... No creo que el problema esté en los interruptores. (Se desplaza a otro sitio). A ver, qué hay de los enchufes... Esta gente recibe dinero de todas las partes, pero nunca quiere soltar. No sé cómo creen que sobrevivimos diariamente. Cualquiera día de estos dejáis de verme por aquí, y a ver quién os arreglará la luz. Entonces, esa señora que llaman MELINDA empezará a coger su teléfono para llamarme, pero no me llaman para pagarme.

(Vuelve la luz. RAÚL ve a MELINDA y se asusta. BELINDO ha desaparecido).

RAÚL. – ¡Ey! ¡Señora MELINDA!

MELINDA. – Hola RAÚL.

RAÚL. – Hola. Je, je... ¿Cómo está usted?

MELINDA. – Bien. Gracias.

(RAÚL se va).

MARCOS. – Pero, ¡por Dios! ¿Y el cámara?

MELINDA. – ¿Dónde está BELINDO?

(Entra BELINDO. Lo miran).

BELINDO. – ¿Qué pasa ahora? Estaba en el váter.

TELÓN

4ª ESCENA

(Todos están en su posición. Van a reanudar con el rodaje. TEMÍSTOCLES está muy molesto).

TEMÍSTOCLES. – Ahora sí vamos a rodar el programa de verdad, ¿no?

MELINDA. – Sí, señor TEMÍSTOCLES, no se preocupe. Ahora grabamos y acabamos.

CARLOS. – Sí, sí. Ahora lo clavamos.

MELINDA. – Sí. Sea un poco más paciente, por favor. Su programa tendrá muchos espectadores, seguro. Solo un poco más de paciencia.

TEMÍSTOCLES. – Como queráis. Os daré treinta minutos más. Espero que lo invirtáis bien, porque soy un hombre muy ocupado, tengo importantes cosas que hacer. Así que, en cuanto se consuman esos treinta minutos, me iré de aquí despidiéndoo cordialmente. Y todo esto os lo digo desde la más honesta sinceridad y buena voluntad.

MELINDA. – No se preocupe, veinticinco minutos serán suficientes. ¿Verdad, MARCOS?

MARCOS. – Sí, sí, por supuesto. (A los demás). ¿Verdad, chicos?

TODOS. – (Con vacilación). Sí, sí.

MARCOS. – Vale, chicos. Retomamos donde lo dejamos.

ANTONIO. – Un momento. Necesito un poco más de agua, por favor.

CELESTESIA. – Ahora ANTONIO. (Le sirve agua de un jarrón, él bebe).

MARCOS. – ¿Todo bien, ANTONIO?

ANTONNIO. – Sí, gracias. Estoy listo.

MARCOS. – ¿Señor TEMÍSTOCLES?

TEMÍSTOCLES. – Cuando quieran.

MARCOS. – ¿El tipo de la cámara?

BELINDO. – Soy BELINDO. Presto.

MARCOS. – Ok, BELINDO. Luces... cámara... ¡Acción! (Se retira un poco)

ANTONIO. – Bien, señor TEMÍSTOCLES. Tenemos entendido que tiene mucho trabajo y que siempre está ocupado.

TEMÍSTOCLES. – Así es.

ANTONIO. – Nos han dicho que ahora está en un trabajo muy interesante.

TEMÍSTOCLES. – Así es.

ANTONIO. – ¿De qué se trata?

TEMÍSTOCLES. – Es un trabajo antropológico. Estoy investigando el presente y el pasado de nuestros pueblos.

ANTONIO. – ¿Qué quiere decir exactamente? Explíquese, por favor.

TEMÍSTOCLES. – Estoy escarbando entre las huellas de nuestra cultura para descifrar el sentido de las cosas. ¿Entiendes? Con un método de investigación a base de preguntas a diferentes fuentes o informadores, de comparación de testimonios y, a veces, de hallazgos arqueológicos o, simplemente, de utensilios tradicionales, voy construyendo, o mejor reconstruyendo, la realidad cultural de nuestros pueblos. ¿Entiendes? No debo dejar al margen el trabajo de otros antropólogos o cualquier otro especialista en ciencias sociales, porque siempre tienen datos interesantes y son pioneros en la materia. ¿Entiendes?

ANTONIO. – Mmmm... Sí, supongo. Al decir fuentes, ¿a qué se refiere?

TEMÍSTOCLES. – Me refiero a las personas que dan testimonio oralmente de las cosas que quiero saber, o sea, los que me cuentan de lo que va una u otra cosa. Los informadores, como he dicho antes.

ANTONIO. – Y para llevar a cabo este tipo de trabajo, ¿dónde encuentra exactamente a esas fuentes?

TEMÍSTOCLES. – Les encuentro en sus casas, en sus localidades. En general, los encontramos en sus poblados, porque pretendemos que sean gente mayor, con la memoria fresca para tener la capacidad de alcanzar los recuerdos más remotos y explicar la sabiduría de su pueblo. No se descarta a ningún informador de ningún tipo, ya que creemos que la pluralidad de versiones es principio de riqueza, pero es importante tener en cuenta el testimonio más cercano a la realidad cultural. ¿Entiendes?

ANTONIO. – Ese debe de ser un trabajo muy duro. Debes cubrir mucho terreno para llegar a todos los pueblos de aquí y de allá. ¿Soléis hacer este tipo de trabajos solos?

TEMÍSTOCLES. – A veces tenemos colaboradores como estudiantes, por ejemplo, que nos ayudan a cubrir el mayor terreno posible aumentando las posibilidades de llegar hasta el dato más recóndito. Otras veces trabajamos solos, cuando se trata de algo muy personal. Pero ahora estoy trabajando con un ayudante, aspirante a Máster en Etnología. Esto nos llevará mucho tiempo, sobre todo a mí. A lo mejor algunos años. ¿Entiendes?

ANTONIO. – Entiendo, entiendo. Bien. Una curiosidad: ¿por qué alguien querría estudiar a nuestros pueblos?

TEMÍSTOCLES. – Interesante pregunta, ANTONIO. Déjame decirte, en primer lugar, que porque yo también formo parte de ese pueblo. Pero lo más importante es la seguridad que te proporciona el conocimiento, porque el conocimiento es poder. A partir de los datos recabados de un estudio antropológico se desprenden datos históricos, sociológicos, lingüísticos, ideológicos, etc. A través de ellos podemos conocer nuestra historia, comprender nuestra sociedad, entender la etimología y el comportamiento de nuestra lengua, entender la propia lengua, comprender el sentido de nuestras vidas, etc. Muchos hablan de tradición, pero no entienden la tradición. Sólo saben que sus padres hacían tal o cual cosa y que sus abuelos, a su vez, lo hacían, pero no saben el significado. La tradición sólo es una parte de la

cultura de un pueblo. La cultura explica el sentido del existir de ese pueblo. La cultura es el pueblo. Conociendo nuestra cultura somos conscientes de nuestra identidad como pueblo, y solo así podemos garantizar la supervivencia del pueblo. ¿Entiendes?

ANTONIO. – Claro, por supuesto. ¡Vaya! Te has venido arriba ¿eh? (Pausa). Es muy interesante todo esto, pero seño... (Suena un teléfono de manera escandalosa e interrumpe).

MELINDA. – (Disgustada) ¡Ay, Dios! Chicos, lo siento mucho.

MARCOS. – ¡Corten! Pero, MELINDA, ¿no deberías tener el móvil apagado?

MELINDA. – Lo siento mucho, no lo sabía. Además, tengo que cogerlo. (Contesta al móvil y sale del escenario).

TELÓN

ACTO III

1ª ESCENA

(Todos están en su posición de siempre. Van a empezar el rodaje de nuevo, pero TEMÍSTOCLES está exaltado).

TEMÍSTOCLES. – Me gustaría saber cuál será vuestro siguiente número. Hoy he visto tantos que me cuesta calificar a uno como el menos bochornoso. He tenido

mucha paciencia con vosotros, como nunca la he tenido con nadie. Sin embargo, aquí estoy, pues no me gusta dejar sin terminar algo que he empezado. Lástima que hoy haya tenido que empezar algo que no sé si es de provecho, aunque lo dudo mucho.

MARCOS. – Tiene mucha razón señor TEMÍSTOCLES. Sinceramente no solo hemos aprendido hoy con sus lecciones de sociología y de antropología, sino también con su carácter y su persona. Ahora mismo no deseo otra cosa más que el que acabemos esto y que usted se pueda marchar. Yo me encargaré de que desde ahora todo vaya viento en popa, se lo prometo. Sé que nuestra actitud no ha sido seria en ningún momento y me he sentido ofendido siempre que algo aquí le ha molestado. Pero me he sentido más ofendido después de sus palabras, porque sé que tiene razón, y la verdad duele. (Breve pausa).

ANTONIO. – La verdad es que yo también me estoy cansando ya, ¿eh? Estaría bien que por fin os pusierais serios todos.

MARCOS. – Vale, bien. Vamos a acabar con esto de una vez. (A CELESTESIA). Oye, Alicia...

CELESTESIA. – (Gritando). ¡No me llamo Alicia! Mi nombre es CELESTESIA y, por más raro que resulte ser, así quiero que me llamen. Ya estoy harta de que no solo pretendáis ignorar mi presencia, sino de que además pretendáis borrar mi existencia. ¿Quién es Alicia? ¿Quién es Zenaida? ¿Quién es Anastasia o Telestesia? No existen. Al menos no en esta sala. Yo soy CELESTESIA y a mucha honra. (Todos están un poco asustados por la reacción) ¿De acuerdo, señor MARCOS?

MARCOS. – Sí, sí, CELESTESIA. De acuerdo.

CELESTESIA. – ¿Señor TEMÍSTOCLES?

TEMÍSTOCLES. – Por supuesto, CELESTESIA.

CELESTESIA. – ¿ANTONIO?

ANTONIO. – Sí CELESTESIA, como tú digas.

CELESTESIA. – Y tú también, BELINDO.

BELINDO. – Tú mandas, CELESTESIA.

CELESTESIA. – Muchas gracias. (Pequeña pausa). ¿Y bien, Marcos?

MARCOS. – (Siguen un poco asustados). Mmmm... En realidad no era nada. Solo quería saber si los señores necesitan algo antes de continuar. (A los de la mesa). ¿Chicos?

TEMÍSTOCLES. – No, no te preocupes por mí, yo estoy bien.

ANTONIO. – Yo también estoy bien, gracias. No necesito ni agua, ni un pañuelo, ni nada.

CELESTESIA. – (Con mucho encanto). Vale. Pero no olviden que estoy aquí para lo que deseen.

MARCOS. – No lo olvidaremos, CELESTESIA, muchas gracias. Eres encantadora. (A los de la mesa) Bien, aprovechemos lo que nos queda de tiempo y acabemos con este juego de una vez, ¿vale?

TODOS. – ¡Vale!

MARCOS. – Preparados, luces... cámara...

(Entra Melinda e interrumpe).

MELINDA. – Lo siento chicos. ¿Cómo vamos? (Todos se abochornan)

MARCOS. – ¡Pffff...! Si interrumpes, pues mal.

MELINDA. – Lo siento. (A CELESTESIA). Oye, Anastasia, quiero que me... (Interrumpen).

TODOS. – ¡Se llama CELESTESIA!

MELINDA. – (Asustada). ¡Ay, Dios! ¡Qué susto!

TELÓN

2ª ESCENA

(Todos están en su posición habitual. Se va a hacer una nueva toma).

MARCOS. – Me temo que nuestro tiempo está llegando a su fin.

MELINDA. – ¿Sí? Pues debemos ir terminando.

MARCOS. – (A todos). Esta vez tenemos que hacerlo bien. Es la última vez que cortamos y tenemos que retomar. No nos queda tiempo, tanto porque al señor TEMÍSTOCLES no le queda, como porque tenemos que hacer otras cosas en los siguientes espacios televisivos. Así que..., a darlo todo. ¡Prestos...! ¡Acción!

MARCOS. – Muy bien. Estamos agotando nuestro tiempo con nuestro apreciado invitado, el señor TEMÍSTOCLES; pero aún queremos saber algunas cosas sobre él. Señor TEMÍSTOCLES, ha tenido y sigue teniendo ahora miso mucho éxito con los libros.

TEMÍSTOCLES. – Por supuesto. Es uno de mis actuales hobbies.

ANTONIO. – A la gente le gustan sus libros, y actualmente es uno de los autores más leídos de nuestro país.

TEMÍSTOCLES. – Sí, es cierto. Concretamente, soy el tercero más leído.

ANTONIO. – ¡Vaya! Y, ¿qué cree usted que es lo que atrae a la gente de sus libros?

TEMÍSTOCLES. – Pues..., no me lo había planteado nunca. No lo sé exactamente. Podría ser mi estilo, que es un poco sofisticado, pero con rastros de espontaneidad y realismo. Son importantes dos cosas a la hora de tener en cuenta la calidad de una obra literaria: la competencia lingüística de la forma y la coherencia e ingenio del fondo. ¿Entiende?

ANTONIO. – Una ligera aclaración no vendría mal.

TEMÍSTOCLES. – La forma es la estructura del texto, desde las palabras y oraciones hasta los párrafos. Deben guardar la forma gramatical. Y el fondo, que es el contenido de la obra, debe ser interesante, debe transmitir algo.

ANTONIO. – Comprendo. ¿Cuáles son sus temas preferidos? ¿Sobre qué escribe?

TEMÍSTOCLES. – Me gusta escribir acerca de aventuras. Pero, últimamente, me centro en temas sociales más o menos realistas. Intento reflejar la realidad con un poco de ingenio. A veces uso muchas metáforas, tanto en poesía como en novela.

ANTONIO. – Y ¿en qué géneros literarios escribe corrientemente?

TEMÍSTOCLES. – La novela es mucho más divertida para los lectores y fácil de escribir para los escritores. Si quiero que mi mensaje llegue al menos al ochenta por ciento de la población, no tengo más remedio que escribir en narrativa. Pero también escribo en otros géneros como ensayo, poesía, teatro, etc.

ANTONIO. – Bien, señor TEMÍSTOCLES, precisamente tenemos aquí uno de sus libros. (Se acerca CELESTESIA y se lo entrega). Gracias, CELESTESIA. Es uno de los últimos que ha publicado, se llama Ardiente luz del mediodía.

TEMÍSTOCLES. – ¡Ah! Sí, claro. Es una colección de poesías. Es muy bonito.

ANTONIO. – Sí. Nos gustaría que tomase el libro y nos leyese una de sus poesías, tal vez la que más le guste.

(TEMÍSTOCLES toma el libro y rebusca entre las páginas. Se dispone a leer).

TEMÍSTOCLES. – (Un foco se concentra sobre él mientras lee lentamente y el resto del escenario está envuelto en la penumbra). Hay por aquí una poesía que me gusta mucho. Advierto que no es nada romántica. Se titula Afloja, y dice así:

Afloja un poco, afloja un poco.
 Déjame probar
 un chorro de aire fresco.
 Aire, fresco como un río
 de cristal y de hielo,
 barniza mi piel sudorosa,
 déjame salir de esta opresión.
 Afloja un poco más,

que corra un chorro de aire fresco,
que corra la libertad.

(Torna la luz).

ANTONIO. – ¡Vaya! Creo que lo has clavado.

TEMÍSTOCLES. – Gracias.

ANTONIO. – ¿Se puede ser más conciso y claro? En estas pocas palabras dices todo lo que queremos oír.

TEMÍSTOCLES. – Me alegro de que lo veas así.

ANTONIO. – Señor TEMÍSTOCLES, con las dulces palabras que nos ha dado, nuestro programa ha llegado a su fin. Ha sido un placer y un privilegio disfrutar de su compañía y participar de su paciencia. Vamos a aflojar para que corra aire fresco. Por fin podemos despedirnos. (Al público). También nos despedimos de ustedes, querida audiencia. En este capítulo hemos aprendido a valorar el esfuerzo, la perseverancia y, sobre todo, la paciencia. Las cosas no siempre salen como queremos, a lo mejor porque no somos el centro del universo, pero hemos de agradecer que, al menos, somos parte de él y, salgan como salgan las cosas, debemos darles el valor que les dábamos en nuestras expectativas, porque solo así significarán algo. No obstante, es importante no rendirse y continuar adelante, como ha hecho el señor TEMÍSTOCLES con su vida y nos ha permitido hacer hoy aquí. Nos vemos en el próximo capítulo de La entrevista. Adiós.

TELÓN

FIN

“...Por fin, allí estaba en la calle Pez, en un cuarto mísero, frío pero limpio. Ahora tenía que encontrar a alguien a quien le gustara mi currículum. O caerle en gracia a cualquiera de los inquisidores, perdón, entrevistadores que pululaban por recursos humanos. Si además le añado que estábamos en crisis y la cola del paro crece más que las moscas en un estercolero. Como dice mi amigo Ángel, “la ocasión la pintan calva”. En previsión de que quizás acabé solicitando un puesto permanente de comidas en Cáritas, me pongo a repartir panfletos por la ciudad anunciando mis habilidades: dar clases de inglés, informática, trenzar, a la espera de obtener algo de dinero para la comida. Sí, como ven ustedes, la situación en el número veinte de la calle Pez no es precisamente esperanzadora.

Isabella miró a alrededor y observó aquella habitación fría y desangelada, con muebles pasados de moda, su color marrón desgastado, su acabado tosco y sin gracia. Todo aquello no hacía más que destacar la decadencia que había asolado aquella casa convertida en hostel, cuya dueña con buena fe se imaginó, se pasaba el día vigilando el lugar y a sus ocupantes enumerándoles las numerosas reglas que para ella eran la Biblia en verso, para salvaguardar la integridad física y moral del lugar...”

Carmen Mangué Saint-Omer,

Un balcón en Embajadores – Letras femeninas, pág. 67

MUJER

Mujer luchadora, mujer valiente
mujer que con el pasar del tiempo
aprende de sus experiencias.

Mujer que sabe que el maná no cae del cielo
que el pan se consigue
con el sudor de la frente.

Mujer, ¡levántate! no te dejes maltratar
Mujer, ¡levántate! no te dejes despreciar
tú vales mucho más, de lo que te puedas imaginar.

Dedica tu tiempo preciado, a tu formación, a ser alguien de valor
esfuérgate cada día en darle sentido a tu vida
persigue en cada momento ideales que te hagan grande.

Deja el matrimonio y el tener hijos para el momento adecuado
no tengas prisa, pues con tu analfabetismo
a los hijos que prematuramente procrees, sólo traerás vergüenza.

Mayra Rondo Ndjinga,

La vida es vanidad - Letras Femeninas, pág. 135



OBRAS GANADORAS DEL CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD

Publicación que recoge las obras ganadoras del *Certamen Literario 12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, convocado por el Centro Cultural de España en Malabo en octubre de 2017. Con estas obras el CCEM sigue creando una colección que sirva de apoyo y estímulo a los escritores noveles de la sociedad ecuatoguineana, y al mismo tiempo difundir las historias que los ganadores de este evento literario nos quieran contar.

Malabo, octubre de 2018



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN GUINEA ECUATORIAL



aecid



Cooperación
Española
CULTURA / MALABO